

GERTRUD RICHERT

Johann Moritz Rugendas

UN PINTOR ALEMÁN EN IBERO-AMÉRICA¹

I

INTRODUCCION - JUVENTUD

EL nombre Johann Moritz Rugendas es de gran celebridad en toda Iberoamérica. Encontramos en este artista alemán que dió una fiel imagen del paisaje y hombres de estas maravillosas tierras no sólo a uno de los más sobresalientes maestros de la primera mitad del siglo XIX, sino que también al cronista casi nativo, cuya obra puede considerarse como tesoro nacional. Cuando en uno de sus primeros viajes se abrió ante él la espléndida naturaleza brasileña, Rugendas fijó como meta de su vida llegar a ser el ilustrador de esas amplias regiones de que apenas tenía conocimiento Europa y cuyo recorrido le significaba la satisfacción de todo su anhelo por las lejanías. Arribó a su meta, aunque con sacrificios y dificultades que le produjeron horas amargas y contribuyeron a su muerte prematura.

El artista fué objeto del aplauso de los más grandes hombres de su tiempo. Sin embargo, no encontró ese eco general que esperaba y merecía. Su famoso admirador y amigo D. Faustino Sarmiento, que fué más tarde Presidente de Argentina, manifestó que el tiempo no estaba en absoluto maduro para juzgar su gran obra y que sólo una época posterior llegaría a su verdadera apreciación. El momento parece haber llegado. Los últimos años han aportado una serie de inteligentes trabajos sobre este artista tanto en Alemania como en América. Falta, mientras tanto, una detallada biografía del gran viajante que tra-

bó tantos vínculos de significación. Emprendemos esta obra a base de un estudio escrupuloso del legado de Johann Moritz Rugendas, pues él no ha sido enfocado hasta ahora desde el punto de vista de su importante correspondencia. Tratamos de presentar el alto lugar que corresponde al artista en su doble significación como pintor y cronista en la historia del arte y la cultura. La meta de su vida fué determinada ya de antemano por la circunstancia de descender de una antigua familia de artistas y de ser el primer hijo, nacido en Augsburgo el 29 de marzo de 1802, de Johann Lorenz Rugendas, pintor, dibujante y director de la academia de arte del lugar. Los Rugendas que, según una tradición aún mantenida por nuestro pintor, habían abandonado Cataluña por sus creencias protestantes, llegaron a la antigua ciudad imperial de Augsburgo en 1608. Los Rugendas contaban entre sus antecesores tanto a catalanes como a flamencos. Su primer representante se mostró como diestro relojero de habilidad realmente artística. Su nieto Georg Philipp Rugendas se ganó una reputación internacional como pintor y dibujante, sobre todo, de caballos y batallas. El fué el punto luminoso de la familia. Se dedicó a la profesión de artista con singular continuidad y fué el modelo venerado y vinculador para el pequeño Johann Moritz, quien constantemente tenía ante sus ojos en la casa paterna un autorretrato del gran antepasado. Se dice que cuando tenía cuatro años, el niño empezó sus primeras tentativas para dibujar. Le sedujeron pronto los cuadros llenos de colorido que en ese entonces ofrecía la soldadesca francesa en las calles de Augsburgo, e imitó a su padre, que tenía renombre como pintor de batallas del tiempo napoleónico. Continuó su formación tomando como modelo los dibujos de su admirado antepasado y, como su padre vió que en ciertos aspectos las dispo-

¹ Johann Moritz Rugendas. Ein deutscher Maler der Ibero-America. Filser -Verlag Munchen- Pasing, 1952, par Gertrud Reichert. Primera edición. Traducción del profesor Carlos Pantoja Gómez, Jefe del Departamento de Inglés del Instituto Pedagógico de Valparaíso. Revisión del profesor Ricardo Benavides Lillo, profesor del mismo Instituto, Universidad de Chile.

siciones del talento de su hijo en el colegio eran apenas dignas de consideración y otras debían tomarse en serio, se preocupó él mismo de formarlo. Dibujó en cierta ocasión a su hijo. El pequeño retrato se encuentra en el Museo Maximiliano en Augsburgo. En él vemos su deliciosa cara de niño que mira el mundo con tranquilidad, aunque todavía no promete nada especial. El pintor Albrecht Adam dió el impulso decisivo hacia su carrera artística. Como íntimo amigo del padre, este pintor, cortesano del virrey Eugenio Beauharnais, pasó algún tiempo en casa de la familia Rugendas en Augsburgo después de su regreso de la desastrosa marcha hacia Moscú. A él debemos un cuadro preciosísimo —existente en el Museo Maximiliano—, que representa a Johann Lorenz y su esposa, figuras erguidas y altas, y a Johann Moritz con su hermanita Luisa. Podemos sentir la atmósfera culta y burguesa de esta vida familiar que aparece, al mismo tiempo, en forma tan cálida e íntima y que mantuvo en su hechizo a nuestro pintor durante toda su vida. Albrecht Adam había traído su carpeta. El joven Johann Moritz estudió los ligeros bosquejos de los grandes acontecimientos mundiales con tal ardor que naturalmente se llegó a la conclusión de enviarlo a München y entregarlo a la enseñanza del amigo Adam. El joven Rugendas vivió en la casa de Adam, donde lo cuidaron en forma por demás cariñosa. Siempre le unió una cálida amistad y agradecimiento a su querido profesor. Del estudio de Adam entró en 1817 a la Academia de München, que estaba en ese entonces bajo la dirección de Peter Langer y donde aprendió especialmente bajo Lorenz von Quaglio. Rugendas no se sentía feliz en esta atmósfera académica. No le atraía el religioso espíritu nazareno del tiempo, ni se entusiasmaba por los caballeros de la Edad Media o los héroes de la Antigüedad, los cuales el Príncipe de la Corona bávaro, Ludwig, llevaba a su mayor auge. A él sólo le atraía el amor a la naturaleza libre que en estos años también se desenvolvía plena de poder. El parece haberla seguido más por impulso propio que por enseñanza académica. El maravilloso paisaje de Bavaria lo extasiaba. Era, expresaba él, como si los Alpes lo llamaran. Tomó como obligación artística ver y aprehender todo lo grandioso y magnífico. Y, así, vagaba entre los montes con sumo placer, ascendía las cumbres, se detenía entre los pastores y se deleitaba con el reflejo del encantador panorama en los lagos

maravillosamente límpidos. Sobre todo, dibujaba, fiel a la palabra de Herder, para penetrar en el mundo con el lápiz, si se deseaba conocerlo honestamente. Sus bosquejos no le satisfacían. No le daban la sensación de que él ya hubiera encontrado su camino. Ocasionalmente, trataba de unir la naturaleza con el romanticismo. El mismo mencionó más tarde trabajos, tales como una escena de bosque al estilo de "Los Bandidos" de Schiller, para los cuales debieron posar sus modelos estudiantes, o composiciones para el cuento de hadas "Undina". La representación de caballos fué, quizás, lo que estuvo más de acuerdo con sus deseos y, fiel sucesor de Georg Philipp, se sintió tan atraído que él seriamente concibió el fantástico plan de ir a Siria, Arabia o Persia, para tener como modelos a los más nobles ejemplares. Albert Hämmerle ha hecho un excelente estudio de los primeros trabajos de nuestro artista. Se trata principalmente de cuadros de caballos y paisajes, en que sobresale más como dibujante que como pintor. Una litografía de 1819, una imagen viva de su padre, captada en forma sorprendente para la edad del autor, lo muestra como dibujante diestro y seguro. El ya había ejecutado anteriormente la retirada de Napoleón y la batalla de Arcis como dos de la serie de acuatintas que su padre había hecho de las guerras napoleónicas. Su formación como pintor dejaba mucho que desear, pues, como él mismo lo expresa, debió ser su propio maestro más tarde. Johann Lorenz Rugendas habría enviado gustoso a su hijo a Roma para que recibiera allí la última consagración artística tradicional, sólo que no veía ninguna posibilidad de reunir los medios para ello, pues, a pesar de su respetable posición en Augsburgo, Johann Lorenz vivía con su familia en condiciones bastante modestas. Fué entonces que el destino intervino en la vida del artista inesperadamente.

II

PRIMER VIAJE A BRASIL

Si alguien tuviera el derecho a decir que una disposición divina determinó el camino anhelado por él, ese es nuestro Johann Moritz. Como por la mano de un hada se abrió ante él repentinamente la tierra maravillosa del mundo tropical. Los círculos cultos de München se encontraban en esa época en activa conexión con esta tierra a través del matrimonio de Leopoldina de Habsburg con el Rey Pedro I de Brasil.

A la expedición científica que acompañó a la princesa en su viaje, se habían unido investigadores de München, entre ellos, el botánico Karl Friedrich von Martius y el zoólogo Johann Baptist von Spix. A su regreso sintieron ellos la ausencia de un rico material de pinturas para la ilustración de su trabajo, ya que los pintores Thomas Ender y Johann Buchberger, a quienes habían llevado en la expedición, no llegaron hasta el fin del viaje, debido a circunstancias fatales. Ahora bien, el Barón von Langsdorf, cónsul general ruso en Brasil, con permiso en Alemania, se preparaba en ese entonces para un viaje científico organizado por el Zar hacia el interior del Brasil. A manera de precaución, se preocupó de encontrar inmediatamente un pintor como ilustrador oficial. Un conocido de Rugendas, el Barón Karwinski, que más tarde llegó a ser Apoderado Presidente de la Compañía Minera Alemana de Méjico, puso en contacto al joven artista con el barón. Por supuesto que éste se decidió inmediatamente por él. En general, se nos describe a Rugendas como un hombre sumamente atrayente, alto, delgado y extraordinariamente apuesto que, además, cautivaba por su educación y modestia. El Barón von Langsdorf lo contrató como dibujante para su viaje, no en condiciones muy favorables, lo que no nos extraña en esta discutida personalidad.

La Biblioteca de Augsburg posee el contrato en una copia proveniente de su padre Johann Lorenz. Contiene algunos agregados que el padre quería que fueran considerados. Johann Moritz es contratado como pintor; se le promete viaje de ida y vuelta y todos los gastos que se produzcan para su persona y arte, con excepción del vestuario; además, un honorario anual de 1.000 Frs. franceses y un adelanto de seis meses, si acaso él lo deseaba. El Barón von Langsdorf promete considerarlo, estimarlo y tratarlo como su acompañante. De Johann Moritz son requeridos, además de una conducta moral, la inmediata práctica del arte ante cualquiera oportunidad y especialmente las representaciones de aquellos objetos que el jefe considere como más importantes. En seguida, se pide la entrega de todos los bosquejos, dibujos y pinturas que se hagan durante el viaje; se le permiten sólo copias para él. Sin embargo, no puede dar a conocer públicamente ningún dibujo u objeto de su arte, sin el conocimiento y el visto bueno de su jefe, antes de que haya aparecido la descripción del

viaje. Semejantes condiciones son válidas para un posible diario de viaje. Este puede permanecer como propiedad suya, pero durante y después de la expedición debe estar a disposición del jefe para su revisión y uso científico. Sin embargo, necesitará la aprobación del jefe para su publicación que, en ningún caso, debe ser antes de la del trabajo de Langsdorf. El padre del pintor desea, como precaución, que Johann Moritz encuentre apoyo en caso de enfermedad y que también se asegure, bajo cualquier circunstancia, el viaje de regreso sin costo, o, Dios no lo permita, en el caso que el señor von Langsdorf muera y que la expedición se disuelva. Además, solicita, frente a las no muy amistosas condiciones impuestas a la libertad de expresión artística, que le permitan a su hijo considerar como propiedad de libre disposición aquellos dibujos y pinturas que se encuentren fuera del campo científico y que fueran examinados por su jefe inmediatamente para que él pudiera proceder según sus propias ideas y también venderlos.

Johann Lorenz Rugendas informó con el debido respeto al rey Max Joseph respecto a los planes de su hijo, con la esperanza de recomendarlo ante él para conseguir una comisión. Ruega que en caso de que hubiera que impartir órdenes o disposiciones reales a las relaciones dejadas por Spix y Martius, ellas se transmitan a Johann Moritz.

Los padres, en su alegría por este inesperado y feliz empleo, no dejaban de sentir seguramente preocupación por la partida de su hijo. Johann Moritz, en cambio, veía todo de color rosa. Uno puede imaginarse, conociendo su temperamento para captar lo grandioso y bello, con qué deleite percibió la inmensidad del océano y cómo se apoderó de él totalmente el hechizo del panorama al entrar a Río de Janeiro, la bahía más magnífica del mundo.

El contrato entre él y el Barón von Langsdorf tenía fecha 18 de septiembre de 1821; probablemente llegaron ambos dos o tres meses después. Rugendas quedó como aturdido ante la derrochadora exuberancia de la naturaleza tropical, cuya radiante luz y siempre cambiante colorido poco menos que le sobresaltaban. Le torturaba la duda de si le sería posible reproducir esta riqueza indescriptible de tonos, que pasaban en cada iluminación a un nuevo resplandor. El dibujo siguió siendo su consuelo. ¡Que otros después de él captaran la maravillosa multiplicidad de colores! El

sólo quería, por ahora, contentarse con retener lo que veía, en sus dibujos, los cuales podrían servir de modelos a litografías y grabados que, de esta manera, esparcirían el conocimiento de esta maravillosa tierra. La flora lo atraía especialmente. Frente a la variedad fabulosa de sus formas, se desarrolló en él la habilidad de reproducirlas no solamente en cuanto a su fisonomía, sino que también como hinchidas de vida impulsora. Pero ante todo, él estaba al servicio del barón. Tal vez no fué desfavorable para él que éste no empezara la expedición inmediatamente y enviara al pintor a su espléndida posesión, La Fazenda Mandioca, que se encontraba entre pintorescos montes, a tres horas al interior de Estrela, pequeña bahía al norte de Río. Aquí Rugendas pudo contemplar con calma un mundo completamente diferente y estudiar el panorama, la vegetación y los hombres al mismo tiempo. Langsdorf, que se dedicaba a la agricultura en gran escala en su propiedad, ocupaba en esta hacienda 200 esclavos negros. El trato diario, la observación exacta de su vida y actividades deben haber despertado en el pintor un profundo interés por estos hombres, para quienes llegó a ser un excelente cronista. Merece tanto más reconocimiento cuanto que él captó la vida de los esclavos en su última fase, poco antes de la abolición del comercio de esclavos y en vista de que, en forma muy imparcial, supo destacar frente a los aspectos oscuros, también los favorables. Finalmente, demasiado tarde para la impaciencia de Rugendas, se produjo la partida hacia el interior del país. El barón, hombre de espíritu muy comercial, había postergado la partida bastante tiempo, e invertido el dinero en otras empresas. Rugendas comenzó a sentir cada vez más animadversión hacia su jefe. A este joven de sólida moral, le repelía la vida de dudosa moralidad del barón, tanto como le indignaba la manera baja de aprovecharse de la gran hospitalidad de los brasileños. El sometimiento de orden artístico puede haberle irritado aún más, el caso es que el pintor rompió bruscamente y se separó de la expedición, a medio camino, para dirigirse a Minas Geraes. En verdad era una atrevida aventura, especialmente porque este joven, de apenas veinte años, se proponía continuar por cuenta y riesgo propios el viaje en un país peligroso tanto en la naturaleza como en sus hombres y, además, en un territorio desconocido e inmenso. Debíó reunir, ante todo, considerables

medios que pudo ganar con mucho esfuerzo como producto de la venta de cuadros y especialmente de retratos.

Resultó provechoso que nuestro joven amigo no sólo supiera dibujar caballos en forma extraordinaria, sino que también los cabalgara con maestría. Se procuró, por lo tanto, animales de monta, ayudantes y varios negros; se preocupó de la provisión necesaria y del material de protección y partió como temerario conductor de esta pequeña e inexperta expedición a través de las provincias de Minas Geraes, Matto Grosso, Espíritu Santo y Bahía.

Debido a su espíritu de trabajo y grandes deseos de aventura propios de la juventud, echó sobre sí una vida llena de privaciones y penurias que, como él mismo lo dice, había de llevarse a efecto sólo con absoluta fuerza física y moral. Penetró con su pequeño grupo en la inmensa foresta primitiva, cuya vegetación enmarañada y exuberante lo impresionaba profundamente, y recorrió los ríos de arriba a abajo en las canoas de los indios. Como sus negros se habían enfermado y la época lluviosa dificultaba continuar avanzando, pasó meses con una tribu salvaje a orillas del Río Dolce. Siempre que dispusiera de un pedazo de papel, dibujaba y observaba a esta gente primitiva en sus chozas, en su manera de vivir, en sus costumbres y ritos, y aun hacía anotaciones de su idioma, de lo que él podía entender. Los lingüistas Balbé, Klapproth y Malebranche han sabido apreciar sus observaciones.

En Río, donde nuestro valiente y amable artista conquistó muchas amistades, siguió de nuevo su trabajo. En mayo de 1823 lo encontramos como huésped del Encargado de Negocios austriaco, Barón Marschall. Estudió con entusiasmo la pintoresca ciudad, que desde esa época se había convertido en una de las más elegantes y modernas del mundo, de tal modo que sus vistas poseen el valor de documentos históricos. Representó el Río de ese tiempo en todos sus aspectos múltiples y encantadores, con sus resplandecientes bahías, la cadena de circundantes cerros, las animadas calles, las espléndidas iglesias, la hermosa Plaza de Nossa Senhora da Glória, la que gustaba visitar especialmente la reina Leopoldina en su infortunado matrimonio, porque ella podía contemplar desde allí los barcos que partían y llegaban, como símbolos de una unión entre su país y Brasil. Rugendas tomó paradas militares de festividades frente al Castillo Real São

Cristovão, como también dibujó las coloridas escenas de la vida popular increíblemente rica o del comercio de esclavos, que reprodujo tal como se presentaba, en todas sus fases. No poseemos, desgraciadamente, ninguna evidencia de que él hubiera conocido personalmente a la noble emperatriz. Ella habría encontrado gran satisfacción conocer a este fino hombre y artista. Colegas franceses que ocupaban importantes puestos en Río, se conectaron con él. El pintor de la corte, Jean Baptiste Debret, que, conjuntamente con Nicolás Antoine Taunay, había sido llamado de París en 1816 para fundar una academia de arte, publicó dos de sus trabajos de la obra brasileña posterior de nuestro artista. Rugendas no se encontró más con Taunay, quien regresó a París en 1819, pero conoció a sus hijos, a quienes visitó en su magnífica casa de campo en las montañas al lado de la turbulenta cascada de Tijuca. Adrien Aimé Taunay era su íntimo colega como ilustrador de viajes científicos y llegó a ser su reemplazante, para su desgracia, en la expedición que emprendió el Barón von Langsdorf en 1828. Taunay también se disgustó con el intolerable barón, pero se ahogó durante el curso del viaje en el caudaloso Guaporé, el cual quiso cruzar en un momento de temeridad.

La selva primitiva con su misteriosa oscuridad, su fabulosa exuberancia vegetal, sus peligrosos pantanos y salvajes habitantes, incitaba constantemente a nuestro pintor. Produjo otras representaciones de su fantástico mundo en un viaje al norte, hacia Pernambuco, donde avanzó hasta la encantadora capital de Recife, localizada frente al mar verde esmeralda. Fué entonces cuando recibió cartas de München que le indujeron a volver rápidamente a su país. El rey Max Joseph deseaba que regresara. Su gran interés por los trabajos de Spix y Martius lo llevó a agregar un atlas de cuadros a sus investigaciones científicas. Y esto tenía que procurarlo Rugendas. A pesar de que el Barón von Langsdorf se había quedado con una considerable parte de los trabajos del artista, pudo éste, sin embargo, presentarse a su regreso con más de quinientas hojas. Por cierto, un resultado digno de orgullo de esta primera e importante parte de su carrera artística que debió llenarlo de satisfacción.

III

ESTADA DE RUGENDAS EN FRANCIA, ALEMANIA E ITALIA

Preparativos para su segundo viaje a Iberoamérica

Rugendas decidió su viaje por París. Sus ideas se concentraban en la publicación de sus trabajos y esperaba tener mejor éxito en la metrópoli de la vida espiritual que en su tierra natal de Bavaria, pues, el editor Rittner había publicado en París una maravillosa escena de la selva virgen, litografía que, desgraciadamente, tuvo poca venta. En París se hizo de la amistad más influyente de su vida, la de Alexander von Humboldt, con quien estuvo en continuo contacto de ahora en adelante. Esta amistad de que nos informan cartas hasta ahora no publicadas, la consideraba Rugendas como un alto honor e íntima inspiración. Aunque no siempre estuvo libre de desilusiones, colocó sus expectativas muy en alto, como muchos jóvenes que se conectan con los grandes, sin pensar cuán amplio y, por lo tanto, exclusivo es el círculo que se forma alrededor de un espíritu guía. El agradecimiento y el respeto, sin embargo, se sobrepusieron. Ellos se reflejan en todas sus palabras referentes al gran amigo y protector. No sabemos quién presentó al pintor a Humboldt la primera vez. No fué difícil dirigir la atención del investigador a trabajos artísticos que reproducían el rico mundo tropical de Sudamérica. Sus viajes se presentaban de tal modo a su espíritu en esa indescriptible y esplendorosa naturaleza que él mostró la más pura y amigable disposición de ayuda a todos los pintores que le presentaban cuadros de ella —recordemos solamente a Nebel, Bellermann y Hildebrandt—, a quienes distinguió con su inmediata ayuda en forma amistosa y elevada. Inmediatamente después de la primera visita que le hizo Rugendas, él le escribe:

“Mi poder imaginativo, mi distinguido amigo, está completamente colmado con las exuberantes formas del mundo tropical que representan tan fiel y espléndidamente sus talentosos dibujos. Estoy a punto de publicar con el señor profesor Kunth, en folio grande, una nueva edición de mi geografía de las plantas. Para el capítulo Fisonomía de la Vegetación, que Ud., tal vez, conoce por mis opiniones de la naturaleza, deseamos poder dar, aunque sea sólo

tres láminas, una palma, un helecho arborescente y un bananero. Yo he vivido durante seis años entre estas formas y Ud. me parece el único que ha captado con maestría su verdadero carácter. Creo que por la abundancia de materiales que Ud. posee, su nuevo trabajo en que selecciona las plantas no puede sufrir, si nos cede dos o tres árboles aislados para nuestra obra. Será para mí un placer enaltecer su nombre. La atención del público estará sobre Ud. y los grandes trabajos suyos que pronto han de publicarse. Mi exigencia no llega al punto de solicitarle un panorama o una selva, sino meras formas aisladas de una palma, un helecho, una mimosa. Los dibujos sobre cuyo tamaño tendríamos que ponernos de acuerdo, Ud. nos los enviaría ampliados desde München por intermedio de nuestro distinguido amigo el Conde Bray. El grabado será efectuado aquí por el mejor artista, de modo que su trabajo llegará al público francés e inglés, en forma honorable. Como toda mi obra se compra mucho, pienso que esto será útil para sus trabajos por publicar. Anunciaría en una nota el título del trabajo que Ud. quiere terminar en Roma. Mi librero le compensará en forma muy decente y según su manera de apreciar, todo dibujo que Ud. nos entregue. Esto deberá hacerse en forma de dinero adelantado. El profesor Kunth está también informado respecto a sus deseos. Temo que Ud. esté cerca de su partida. ¿Querría Ud. enviarnos hoy mismo sus paisajes de tamaño más grande y podríamos nosotros tener el agrado que nos visitara a las nueve mañana Domingo con su carpeta completa para elegir? Mi proposición puede parecerle exigente. Como viajero por América lo trato a Ud., mi estimado amigo, como colega. Ruego a Ud. rechazar mi oferta, si piensa que pudiera ser obstáculo para sus futuros e importantes proyectos.

Su atento servidor

Humboldt".

Este muy amistoso reconocimiento del gran investigador y su honorable comisión acompañaron a Rugendas en su alegría y pronto en su consuelo en su país. La Revista de Arte de Schorn, de 1826, anunció que el artista había llegado hacía pocos días con una producción muy interesante de dibujos de Brasil e hizo sobresalir en forma elogiosa que el conocido botánico von Martius había reproducido en sus trabajos sobre palmas, un dibujo que le ha-

bía enviado y que Humboldt utilizaría más trabajos suyos. En otros aspectos, sin embargo, las cosas no sucedieron como esperaba Rugendas. La comisión real, por la cual él había interrumpido su viaje, no se realizó. El rey Max Joseph había muerto y su sucesor, el rey Ludwig I, se interesaba, como decía Rugendas con cierta amargura, exclusivamente por la gran arquitectura y las obras de la antigüedad. Rugendas no podía esperar nada ahora que München se encontraba bajo la era de la influencia y aceptación de composiciones puramente clásicas de Cornelius, quien se hallaba en la cúspide de la fama y cuya opinión era ley. Cornelius habría rechazado como fuera del arte todo estudio de la naturaleza libre, habría negado, además, todo reconocimiento y, para qué decir, la recomendación de un trabajo oficial. El joven artista había pensado ingenuamente que por su valerosa y activa producción en Brasil, él tenía que ser reconocido públicamente en su país, pero no hubo ni soñado título ni distinción alguna. La espontánea apreciación de Humboldt y su trabajo tan elogiosamente considerado actuaron, por lo tanto, como un bálsamo, y aún más, ya que ello significaba una entrada que necesitaba. Rugendas manifestó su empeño en una carta escrita con poca destreza —él nunca se mostró muy hábil con la pluma—, que hizo llegar el 12 de diciembre de 1825 a su gran protector: "Dignísimo señor Barón:

Algunas detenciones en mi viaje y en München, y finalmente, la indisposición producida por el cambio de clima, han retardado tanto el comienzo de los dibujos ordenados por Ud., que sólo he podido terminar las dos palmas grandes hace una semana. Los despaché el 10 del presente a nuestros corresponsales Tessari y Cia., quienes se los entregarán inmediatamente. Espero que ellos estén completos, de acuerdo a sus deseos. En la letra a), que he copiado a lápiz, igual al original, he dibujado la araucaria tres veces más pequeña, según su orden. Pienso, sin embargo, que la lámina ha perdido demasiado en su aspecto pictórico y desearía que estos árboles no se suprimieran en el grabado. Sugiero esto, ya que Ud. de todos modos piensa dedicar una hoja especial a la araucaria. Acompañé los bosquejos de troncos y helechos por comenzar (láminas 1 y 6), los que serán terminados a mediados de enero. Igualmente enviaré bosquejos grandes del cactus oruga y de bambúes. Después de lo

cual espero seguir recibiendo sus halagadoras comisiones.

Quizás podría tener el placer de dibujar bajo su dirección, ya que iré a París a comienzos de la próxima primavera para pasar allí un tiempo más largo . . .”

Como Rugendas no recibió contestación de Humboldt, envió otra carta el 20 de enero de 1826, en la que anunciaba el despacho de cuatro dibujos, de cuya recepción, como también la de los dos anteriores, solicitaba confirmación.

“Es mi más vivo deseo”, continuaba él, “que mis dibujos en los que he trabajado con cariño y dedicación, correspondan a lo que Ud. espera, y que yo me compenetre de sus ideas respecto a la clasificación de los helechos arborescentes . . .” El ya había recibido un pago de París, y ahora pidió el resto, el que difícilmente podría haber calculado (1.000 francos), pues, era un honorario sumamente alto para la situación más bien difícil de su protector. Rugendas habló de nuevo de su propósito de ir a París “para tener el placer de disfrutar de la gentileza de Humboldt”. Este contestó el 1º de febrero de 1826:

“Le debo mis excusas, mi querido señor Rugendas, por no haber contestado dos cartas tuyas, del 12 de diciembre y del 20 de enero, que se encuentran frente a mí y contesto a la vez. Las ilimitadas inquietudes de la vida agitada y una pequeña influenza que me mantuvo en cama durante los fríos de Kamchatka, me han privado expresarle antes mi sincero agradecimiento por dos excelentes y talentosos dibujos que recibí por intermedio del señor Tessari. Mi querido amigo, Ud. ha superado mis deseos más allá de lo que yo esperaba. Este es mi reconocimiento y el del señor Gerard, quien en toda ocasión menciona sus trabajos con elogio. La araucaria la hemos dejado a un lado y la grabación de la lámina está en manos del grabador, señor Fortier, quien es un distinguido profesional para paisajes ampliados. Su última carta me informa de cuatro dibujos despachados el 17 de enero. Estos todavía no están en mis manos, pero Ud. no debe preocuparse, pues, los dos primeros de diciembre los recibí también una semana después de su carta. Tan pronto el señor Tessari me traiga los dibujos, le pagaré, muy agradecido, el resto (1.000 francos). Ahora bien, mi estimado amigo, permítame pedirle con urgencia que nos envíe:

De cada lámina, especialmente de las palmas, los datos:

1. el nombre portugués.
2. en lo posible, el nombre científico de las palmas de Martius, pero con toda exactitud. Ud. puede dirigirse a él. El nombre portugués le guiará a él.
3. el lugar donde Ud. ha dibujado el original en Brasil.

Para que nos entendamos, indique Ud. la palma con un negro de pie al lado, o la palma al lado de las araucarias. Bosquejos de araucarias y bambúes, también un cactus y un grupo de rizóforas, en fin, todo lo que Ud. pueda enviarnos sería muy bien venido. Elimine en su correspondencia todo título, entre viajeros debe dominar un tono libre. Me alegrará mucho, si Ud. regresa aquí en primavera. Cuente Ud. con mi amistad y la bienvenida que le aseguran su hermoso talento y modestia.

Está en impresión el prospecto de mi trabajo. Espero enviárselo pronto y también espero que Ud. esté satisfecho con la forma en que se menciona su nombre en él.

Al. Humboldt.

París, Quai de l'ècole, N. R. 26, 1 de febrero de 1826.”

“Tenga la bondad de enviarnos de las letras a y b (estado de la flor) un dibujo más definido, más sólido en su contorno, para que el grabador trabaje con más seguridad y no caiga en lo vago.”

El prospecto de que habla Humboldt y que se publicó en el séptimo volumen de la revista “Hertha”, en realidad, contenía una afectuosa recomendación del artista, la cual lo hizo sentirse orgulloso y feliz. Leemos entre otras cosas:

“Pertencen a la geografía de las plantas de Humboldt y Kunth por lo menos veinte grabados, entre los cuales algunos se relacionan con el aspecto de la vegetación o la fisonomía de las plantas. Los grabados se han efectuado según los dibujos que el talentoso Rugendas hizo recientemente en las selvas de Brasil. Este joven artista vivió durante cinco años en la riqueza del mundo vegetal de los trópicos. Él se sintió impregnado del sentimiento de que el efecto pictórico, en la exuberante plenitud silvestre de una naturaleza tan maravillosa, resulta siempre de la verdad y la fiel imitación de las formas . . .”

Rugendas dió las informaciones deseadas por Humboldt en su carta del 20 de marzo:

"Contesto su afectuosa carta del primero de febrero, en mi poder sólo el 4 de marzo, algo tarde, pues para satisfacer su petición respecto al nombre científico de las palmas, tuve que trasladarme a München para hacer yo mismo consultas, ya que no recibí ninguna información satisfactoria a mis cartas dirigidas a Martius y, además, su obra no se encuentra en la biblioteca de este lugar."

Trató de dar suficientes informaciones de las palmas que había dibujado en Bahía, Río y Minas Geraes, sobre el río Velhas. Hizo también suficientes anotaciones sobre los helechos, envió dibujos de contorno, habló de bosquejos que ya había despachado, en resumen, se puede apreciar con cuanta dedicación se entregó a los trabajos para su gran protector. No tenía, después de todo, muchas comisiones pagadas. Un óleo de una escena de la selva virgen que él mencionó expresamente en una carta a Humboldt, no era un trabajo que se le hubiese ordenado, y dos grabados que ejecutó según modelos de Georg Philipp Rugendas, su gran antepasado, para la obra del Barón von Seida y Ladenberg, sobre la historia de Augsburgo, no significaban mucho. Uno puede imaginarse con qué alegría informa a Humboldt en su misma carta del 20 de marzo, de que hay en vista un editor para una obra suya de Brasil, su gran esperanza:

"Me tomo la libertad, mi respetado señor Barón, de comunicarle que he recibido la invitación y solicitud de la Casa Engelmann y Cía. para publicar mis bosquejos, lo que yo de ninguna manera habría rechazado, si no fuera porque me parece que una parte de mis estudios, es decir, las palmas y estudios de árboles, no sean apropiados para esta empresa litográfica, y que más bien deberían aparecer separados de "Voyage pittoresque". Aquí, señor Barón, pediría su amable consejo, que de ninguna manera dejaría de seguir, sobre la distribución más conveniente de la totalidad de mi trabajo, si finiquito la venta con la casa mencionada."

El artista había visitado en München a su estimado profesor Albrecht Adam. La Colección Maillinger posee un pequeño dibujo retrato lleno de vida, de Adam, fechado el año 1826, hecho por él. Entre sus amigos en Augsburgo llegaron a ser especialmente importantes para él, el Conde Fugger y Víctor Aimé Huber. El Conde Fugger lo puso en contacto con el poeta Platen, cuyos versos lo entusiasmaron enor-

mente. El escritor Huber, a quien llegó a conocer ahora, fué su fiel amigo y consejero durante décadas hasta que finalmente esta amistad se perdió como un río en la arena. Huber desempeñaba el papel principal en su recíproca vinculación, lo que a menudo resultaba ventajoso para nuestro pintor. No era hombre que se sintiera en verdad superior o especialmente fino y de profunda sensibilidad, de manera que la intimidad de su relación y su cordialidad permanecía como un enlace de carácter objetivo. Cuando Rugendas se preparaba para su viaje a París en junio de 1826, con la alegre expectativa de publicar su obra sobre Brasil, significó para él un gran incentivo encontrarse allí con su nuevo amigo. Huber era corresponsal de Cotta en París y propuso a Rugendas vivir juntos. En efecto, se instalaron en la misma casa en el barrio clásico latino. Conocemos a través de Huber la forma alegre y de libertad estudiantil en que vivieron ambos jóvenes en la magnífica ciudad, y también sabemos que Rugendas, después de sus años de preocupación y desilusión en Augsburgo y München, dió rienda suelta a sus impulsos. Ambos amigos buscaban presentarse en forma espléndida cuando tenían dinero. Entonces lanzaban las monedas de cobre como indignas en los rincones de la habitación, pero, cuando se les terminaba el dinero, arrepentidos, juntaban los centavos cuidadosamente. Por desgracia, se mostró en nuestro pintor, ocasionalmente, una tendencia a estados melancólicos, al desaliento y a la indecisión que nosotros encontramos en él muy pronunciados más tarde y con los que Huber tuvo mucho que hacer. ¿Tenía la culpa de eso alguna ligera enfermedad, alguna amenazante afección hepática, consecuencia de los años llenos de privaciones en los trópicos? O, ¿no le alcanzaba la fuerza que mostró en forma fresca y juvenil en Brasil? Rugendas, en verdad, no poseía una constitución robusta, de rebosante vitalidad, ni era un vehementemente temerario, sino que un hombre delicado, muy bien educado y discreto, en quien vaciaron sus últimas energías largas generaciones de sinceros artistas y cultos ciudadanos muy bien considerados. Se le podría comparar a un río que, cuando lleva mucho caudal de agua, fluye estrepitosamente, pero que, a veces, forma sólo un riachuelo. A pesar de estos estados depresivos, Huber gozaba profundamente de la vida en común con este amigo querido, de carácter tan amable. Cuando él, después

de algunos años, vió de nuevo a París, recordó, lleno de emoción, la estadía en común y especialmente, las encantadoras tardes de verano que había pasado con Rugendas y otros amigos sobre el Pont des Arts.

La estada en París fué para Rugendas especialmente productiva, debido al alto círculo espiritual, en el que él recibió el derecho de domicilio, gracias, principalmente, a sus grandes amigos. Humboldt, que desempeñaba el oficio de chamberlán prusiano, recibió orden de abandonar el país que todo prusiano patriota debía odiar, como el mismo rey lo decía. La razón de su llamado fué el largo permiso que usó para la publicación de su obra sobre América y que gradualmente hizo perder la paciencia al monarca. Siguió, sin embargo, en París, llegando a ser el centro de la activa vida espiritual, a la cual introdujo a su joven compatriota. El pintor Gérard había admirado algunos dibujos de Rugendas en casa de Humboldt y desde entonces tomó en especial consideración a su joven colega alemán. Este entró en contacto con toda la élite de la pintura parisiense, la cual dominaba el arte no sólo en París sino que en toda Francia. Sabemos que se relacionó con Gross, Vernet, Delacroix, David, y Scheffer, lo que ejerció una de las más favorables influencias sobre su arte. Bien puede uno imaginarse cómo este inquieto pintor debió sentirse fascinado por el ardiente colorido de un Delacroix! El Conde de Clarac, que también había estado en Brasil y había producido un grabado muy valioso, una vista de selva, se mostró un gran admirador de las representaciones de Rugendas. También el Barón Forbin, director de los museos reales, expresaba su caluroso reconocimiento de él. Rugendas se relacionó, además, con famosos hombres de ciencia y política, conoció a los naturalistas Cuvier, Latreille y Brogniard, y gozó de la compañía de Lafayette, Benjamín Constant y Abbé Gregoire. En seguida, se encontró con conocidos alemanes, como Gustav Schwab, el archivero Pertz, el orientalista Ohlshausen, el escritor Hermes, de tal modo que París se le presentó como una alta escuela de la sabiduría de la vida, como una fuente máxima de la espiritualidad y de la inspiración artística.

Lo más hermoso que le reservaba el destino fué que él ahora pudo publicar su obra sobre Brasil. Fué nuevamente Humboldt, a quien se sintió vivamente reconocido. Este había elogiado tan entusiasta-

mente el arte de Rugendas en un gran círculo, en el que también estaba presente el editor Engelmann, que éste inmediatamente finiquitó un contrato con el artista. Debía ser una obra espléndida, de gran volumen, bajo el título de "Voyage Pittoresque au Brésil", con 100 litografías, según los dibujos del artista y que también aparecería como "Malerische Reise in Brasilien", en una edición alemana. ¡Qué feliz tarea fué para nuestro artista hacer la selección de sus láminas y supervigilar la ejecución litográfica! Se encontró la salida favorable al texto introductor y en general orientador sobre Brasil, que deseaba el editor y que para Rugendas hubiera significado un obstáculo difícil de vencer. Huber se había asociado con Cotta, y él se hizo cargo del trabajo con todo agrado. Produjo de los relatos de Rugendas y de sus propios conocimientos una introducción útil, aunque algo erudita e impersonal. Hay que admitir que se vió decepcionado en sus esperanzas pecuniarias, ya que no pudo efectuar la traducción francesa del texto, la que fué confiada a Colbery. Momentáneamente, sin embargo, ambos amigos fueron ayudados.

Las felices semanas de trabajo en París fueron, desgraciadamente, interrumpidas por un triste suceso. Johann Lorenz Rugendas murió repentinamente a los 51 años, el 19 de diciembre de 1826. No sabemos si nuestro pintor llegó a Augsburgo a tiempo para alcanzar a ver a su querido padre. De todos modos, permaneció allí mayor tiempo, con el objeto de consolar a su madre, a su hermana Luisa y al pequeño Luis, de once años, de quienes era su gran deber preocuparse ahora. Rugendas había ejecutado en París un excelente dibujo, retrato de Huber para su madre, demostrando con esto ser en realidad un maestro en estos pequeños trabajos. También produjo algunos retratos en Augsburgo. La Colección Maillinger posee algunos ejemplares de ellos. Uno de los mejores dibujos, aquel que representa a Georg Petsold, tiene fecha 25 de mayo de 1827, de Stuttgart. No parece que él haya recibido comisiones más importantes en los meses de Augsburgo; esta circunstancia y un compromiso matrimonial, decidido irreflexivamente, ya que pronto fué disuelto, le hicieron cambiar gustoso su país natal por París, donde lo ocupó continuamente la publicación de su obra. El mismo preparó tres litografías para ella. Humboldt ya se había ido, pero Rugendas se encontró bien recibido en el

círculo intelectual. Gozaba verse distinguido como artista. Su nombre no sólo era conocido y considerado por pintores y artistas gráficos, sino que también los periódicos, como el *Journal des Débats*, el *Constitutionnel*, el *Courier Français*, y más tarde, el *Temps*, mencionaban su obra en elogiosos términos.

Rugendas pensó ahora satisfacer su deseo de visitar Italia, después que sus honorarios por su obra sobre Brasil lo desligaran de sus preocupaciones económicas. Su padre había deseado que él viajara a Roma, él mismo había soñado con hacerlo cuando se encontraba en la selva brasileña, y le había hablado al respecto a Humboldt a su regreso a París. Esperaba conocer ahí personalmente a su ídolo, el poeta Platen, de quien oyó hablar repetidas veces de labios del Conde Fugger. El poeta se dio cuenta con viva alegría que no sólo Rugendas gustaba de sus poemas líricos orientales, sino que también en París despertaban admiración general. Con placer, convino en encontrarse con el pintor en Italia. Rugendas debió pasar por Augsburgo. Existe un dibujo fechado 1828, del cantante del Teatro de Augsburgo, Carl Birnbaum, "mientras él vivía con Rugendas", dibujo que sólo puede provenir de esta época. Nuestro joven amigo tuvo, por cierto, el deseo de visitar a los suyos una vez más antes del largo viaje. Parece haber tomado el camino a través del sur de Francia y, en junio de 1828, lo encontramos alegre y despreocupado en Pisa, donde realizó el anhelado conocimiento del poeta.

Platen ha descrito en diversas formas el primer encuentro en sus cartas y en su diario. En la tarde del 9 de junio de 1828, estaba sentado con un conocido en un café, en Lungarno, cuando Rugendas, al oír hablar alemán y sentir el deseo de conversar, se unió a ellos y contó cuánto deseaba ver al poeta en Florencia. Platen sintió más tarde haberse dado a conocer inmediatamente, ya que bien podía haberlo engañado un momento. Le escribió recomendaciones para el Barón Ruhmor en Florencia y Christian Schlosser, en Roma. Que el inteligente escritor de arte y amigo, Von Ruhmor, se encontró con Rugendas, lo demuestra la circunstancia que, más tarde, se vendieron en remate dos dibujos del pintor que se encontraban en su legado.

En Roma, donde se recibió gustosamente a Rugendas en el círculo de artistas alemanes, tan bien conocido por su alegre naturalidad y sentido del humor, él se unió

especialmente al pintor August Riedel, a quien ya había conocido en München. Estuvo también junto al suizo Johann Heinrich Füssli y tuvo la alegría de que Huber viniera a incrementar el círculo. Rugendas inmediatamente lo introdujo a su círculo de pintores que, en forma distintiva, se decía contrario, tanto a Comelius como al Alemán Antiguo. Fué un tiempo maravilloso, de deliciosas excursiones a los alrededores de Roma, donde se gozaba del esplendor del verano de este incomparable país —a menudo con colegas franceses—, bebiendo y bailando. Huber pudo hacer a su amigo un gran servicio. Las esperadas remesas de dinero no llegaban y el pobre Rugendas se habría encontrado en una situación angustiosa, si Huber no hubiera solicitado un préstamo a su compañero de colegio que todavía se hallaba en Roma, el príncipe de Thurn y Taxis. En el palacio de Thurn y Taxis en Regensburg se encuentran aún hoy tres cuadros de nuestro pintor, los que testimonian esta conexión.

Cuando el artista fué a Italia, se sintió, ante todo, cogido por las antiguas concepciones, ya que todo pintor no podía menos de sumirse en los grandes maestros italianos y en sus monumentales obras. Por cierto, estudió este elevado arte, y nosotros encontramos reminiscencias en sus obras posteriores, aun en sus dibujos de indios. No era, sin embargo, la tendencia de la época ni su propio deseo artístico compenetrarse en forma estudiosa de las notables composiciones de los antiguos maestros. Como Hämmerle mismo lo especifica, los artistas ya no buscaban más el pasado en el país clásico, ellos querían encontrarse a sí mismos, allí. Rugendas siguió como siempre tras la naturaleza libre; sentía el impulso de vagar de un lado a otro con lápiz en mano para coger en rápidos bosquejos todo lo que veía. Se resistía ante una obra mayor, sentía verdadera timidez ante composiciones más notables, y ni una vez pudieron incitarlo las coloridas escenas de la vida popular a cuadros representativos de ella. Sus dibujos, sin embargo, reproducían toda impresión en forma nítida y fresca, pudiendo observarse cómo París había soltado su mano. Esta producción artística de Italia se encuentra hoy en el Museo Maximiliano de Augsburgo, y ella nos permite, al mismo tiempo, seguir el camino del artista. De Roma, donde él había trabajado gustoso en la campiña, se dirigió a pie, como solitario caminante, por sobre los Abruzzos y a través de las comarcas poco conocidas de

Apulia y Calabria, gozando de todo corazón del paisaje y la gente. En Nápoles, pasó maravillosos días con Huber, también con el secretario de la Embajada prusiana, Von Arnim, a quien lo unieron los lazos más fuertes de amistad por largo tiempo, y con Kopisch, el afectuoso pintor y poeta silesiano, amigo de Platen. Poco tiempo antes, Kopisch había tenido la suerte de descubrir, o mejor, de redescubrir "la gruta azul" y había mostrado lleno de orgullo al círculo de sus amigos su belleza fabulosa. Poseemos de él una opinión sobre Rugendas, que le había sido solicitada por Platen. "Para mí él es algo precipitado en todo", decía, y en seguida, "parece tener buena disposición y bastante confianza en su buena suerte. Parece haber adquirido algo de modernismo en París. Sus relatos son interesantes y se gana fácilmente el afecto con ellos". Rugendas mostró ante el respetado Platen su completa independencia. Le hizo saber al hipocondríaco Platen, por intermedio de Kopisch, que él veía siempre demasiados enemigos en Alemania y que sus muchos amigos deseaban que él no se quejara tanto del frío.

Nuestro pintor se detuvo en el sur de Italia hasta muy avanzado el otoño. Visitó Sicilia y viajó de preferencia a los lugares clásicos que le evocaban a Homero y Virgilio. Con toda fuerza se apoderó de él nuevamente el paisaje virgen e intacto. Ascendió el Vesubio, el Etna y el Stromboli. Estas excursiones bajo el azul cielo de Italia, que le despertaban recuerdos de Brasil y su naturaleza tropical aún más grandiosa, le hicieron sentir aquí la nostalgia por esas vastas regiones donde, como él poéticamente decía, las brisas del céfiro mueven las hojas de las palmeras resplandecientes al sol. En Roma bosquejó cuadros de la selva. Se detuvo en la Ciudad Eterna nuevamente, desde diciembre, y, el primero de enero de 1829, tomó parte en la fundación del Club Romano de Arte. Roma se le mostró auspiciosa, presenció espléndidos espectáculos que extasiaban su vista como pintor, tales como las pomposas ceremonias funerarias del Papa, recién fallecido; los imponentes preparativos para la elección del sucesor; la celebración de la Pascua de Resurrección, con su inaudita riqueza de colorido, o la visita del Rey Ludwig I, de Bavaria.

En su alegría por descubrir el mundo y reflejar su multicolor diversidad en su arte, un atrevido proyecto tomó forma en él. Quería conseguir una reunión de jóvenes

artistas viajantes, que debía distribuirse toda la tierra y reproducirla en cuadros, para luego clasificarlos en una serie de obras que sería un monumento de orgullo de la época. Rugendas habló entusiasmado a los jóvenes estudiosos del arte en Roma, pero no tuvo éxito alguno. Temían el esfuerzo necesario que se imponía, tal como el aprendizaje de una lengua extranjera; se atemorizaban ante los peligros desconocidos y sobre todo porque no se disponía de ninguna clase de medios, para cuya adquisición el idealista artista no indicaba ningún camino. Inútilmente se ofreció partir él mismo como el primero y elegir los territorios más inhospitalarios, el caluroso interior del Africa o las regiones de los glaciares y osos polares de Kamchatka. En este anhelo por lo lejano, uno puede imaginarse con qué alborozo leyó la noticia, en Roma, que Alexander von Humboldt estaba a punto de emprender un viaje científico de Rusia europea al Asia. Ardía en él resplandeciente la esperanza de que el sabio, tan bien dispuesto hacia él, pudiera elegirlo como acompañante artístico y así, llevar a efecto sus propósitos de la manera más sencilla e ideal. Escribió inmediatamente a Humboldt y le envió algunos dibujos, con el objeto de hacerse recordar en forma recomendable. Conocemos sólo la respuesta de Humboldt, la cual, con toda amabilidad, le comunicaba un amargo y desilusionante rechazo:

"Su carta, mi estimado Rugendas, me llenó de alegría en un día especialmente triste. Mi cuñada, que sufre de uno de los más terribles de los males de la mujer, hace ocho horas que está moribunda (felizmente sin dolores). Ha vuelto en sí esta tarde, pero un lapso tal no puede durar mucho. Ella es una de las más nobles, amables y brillantes mujeres de su época, plena de cálidos y verdaderos sentimientos artísticos.

Ya no voy al Cáucaso, sino al Ural, Irtysh y Tobolsk, debido a las minas de platino, una verdadera excursión de verano hasta noviembre, de la que hacen tanta algarazara los diarios. Por supuesto que yo había propuesto Arrarat, pero el Zar considera el territorio, por ahora, demasiado inquieto para una gran expedición.

Parto en pocos días (tal vez el 12 ó 14 de abril), para Petersburgo. Me acompañan sólo el Profesor Rose y el Dr. Ehrenberg, un minerólogo y un zoólogo. Ud. puede imaginarse cuánto más valioso como acompañante bajo otras circunstancias habría sido para mí un hombre de su amabilidad y

talento único para reproducir la naturaleza magnífica, en forma viva y fidedigna. Pero, considérese con suerte, mi estimado Rugendas, que no tenga que viajar por estas colinas cubiertas de pinos y míseros abedules. Sus pensamientos y la seguridad de sus amistosos sentimientos me son altamentepreciados. Los dibujos que Ud. ha destinado para mí, y que, ciertamente, deben ser muy hermosos, no han llegado aún a mis manos. La tristeza me impide escribirle más hoy. Transmita al Sr. Ministro Bunsen mi más alta consideración. No dejaré pasar la oportunidad de mencionar su nombre, tanpreciado para mí, si puedo tener influencia en alguna expedición que corresponda a sus propósitos y su talento. No le atraerían a Ud. las palmas de Grecia y Asia Menor?

Su *A. v. Humboldt*

Berlín, 23 de marzo de 1829."

Después de pocos días, Humboldt escribió otra carta a nuestro pintor, tan corto tiempo antes de su partida que, francamente, nos admiramos cómo este ocupadísimo personaje encontró tiempo para hacerlo. En ella le habla, en verdad, de diferentes proyectos, le indica, sin embargo, muy enfáticamente, los territorios tropicales de América, los que Rugendas no parecía considerar, debido a su momentánea falta de propósito, como lugares de futuros trabajos, a pesar de su afecto por Brasil.

"Berlín, 3 de abril de 1829.

Seguramente, mi buen Rugendas, Ud. ha recibido ya mi última carta, que escribí antes de la llegada del señor von Arnim. Estas líneas sólo tienen que expresarle mis más sinceras gracias y mi admiración por los nuevos y variados dibujos. Son maravillosos, especialmente los bambúes y rizóforas. Más tarde haré uso de sus trabajos. Siempre velaré por sus intereses. Me llevo su pintura sobre Brasil a Petersburgo, con el propósito de hablar sobre su trabajo y ver si se ofrecen allí perspectivas de viaje alrededor del mundo, al Cáucaso y Ararat, bajo condiciones menos mezquinas. Preferiría verlo con los franceses en Grecia, donde Ud. aprovecharía más. Para viajes transatlánticos, debe volver a París, donde puede hablar urgentemente con Gérard para que lo proponga. El tiene mucha influencia, y se tiene éxito en el mundo sólo cuando uno hace las cosas personalmente. Qué

tal le parece si le ofrece al Ministro del Interior viajar al interior de Méjico, Quito, Colombia, con el objeto de hacer una colección de dibujos característicos de vegetales para el "Jardin des Plantes"? Declare en la solicitud que los botánicos, que reproducen sólo partes aisladas, desde hace tiempo han deseado una obra tal. Consulte, además, a Westphal y Gérard. Que le haga la solicitud algún francés de ingenio. Que se la entregue Gérard o Cuvier. Ud. prometa llevar consigo un joven botánico francés. La novedad de la solicitud puede, tal vez, producir entusiasmo. Nada se pierde con probar. Agregue también algunos de sus bosquejos, pour exprimer le port et la physiognomie des plantes. Yo parto en algunos días.

Su atto. *A. v. Humboldt*

Lamentablemente, no tengo aún su jungla. Envíe algo a la exposición de este lugar. Formas de plantas. Las compran con gusto. El príncipe heredero admira mucho su talento. Debiera hacérsele viajar a Ud. durante algunos años al Senegal o Bourbon."

Esta carta hizo madurar en Rugendas el deseo de continuar la obra sobre Brasil, tanto tiempo en él como un deseo adormecido, y llegar a ser el ilustrador de otros países de América. Se detuvo algunos meses en Italia. Cuando se encontró de nuevo con Platen en junio, esta vez en el encantador puerto de Ancona, le habló de sus planes del futuro para América. Ambos gozaron de los hermosos días. Rugendas le contó sus diversas experiencias en Brasil y en París y regaló al poeta algunos de sus dibujos de Brasil. También hizo un pequeño retrato de él. Lamentamos no saber sobre su destino. El algo engreído poeta encontró que se veía muy viejo y estaba ansioso por saber si su amigo, el Conde Fugger, encontraría este retrato parecido a él. Rugendas se trasladó a Venecia. La romántica ciudad de los canales llegó a ser su última etapa en Italia. En ella la vida le pareció tan libre y despreocupada, tan plena de toda magnificencia que él caracterizó esta época como la más feliz que le había sido concedida.

A continuación, regresó a su país para tratar de conseguir, si había, alguna comisión oficial del Estado para su proyectado viaje a América. No resultó nada. En München lo pintó su amigo August Riedel, quien había sido llamado de Roma por Langer para terminar los frescos en el pa-

lacio Herzog-Max. Ha llegado a ser un gran retrato, que hoy también posee el Museo Maximiliano en Augsburgo. En el noble y alargado rostro de frente, extraordinariamente alta y ojos graves, se refleja el artista sensitivo en quien los hermosos rasgos son la expresión de una nobleza interior.

Los planes de viaje de Rugendas habían tomado ahora la siguiente forma. Deseaba empezar por las Antillas, de ahí, ir a Méjico y recorrer este país completamente. Las grandiosas ruinas de Palenque debían ser una meta especial. En seguida, pensaba embarcarse hacia Chile para conocer a los araucanos, cuyas costumbres primitivas, según el poema heroico de Ercilla, le atraían extraordinariamente. Más allá de las cordilleras, proyectaba atravesar las pampas hacia Buenos Aires para alcanzar desde ahí, pasando por Tucumán y Bolivia, el Océano Pacífico y dedicarse a los antiguos lugares de la cultura del Perú y Colombia. El artista ardía con el deseo de presentar el grandioso nuevo mundo con su mar, los Andes, las pampas y los torrentosos ríos. Escribió entonces a Humboldt con la esperanza, confirmada por su conocido, el Barón Arnim, de que este influyente hombre, poseedor de tantos medios, pudiera conseguirle una ayuda oficial para su viaje. Para mayor seguridad, él se encontraría en Berlín. Sólo conocemos la respuesta de Humboldt, quien no aprobaba totalmente su itinerario para América y, evidentemente, quería apartarlo de Prusia como fuente de comisiones oficiales, dirigiéndolo, más bien, hacia Francia:

“Ud. está demasiado convencido, mi apreciado Rugendas, de mi afecto por Ud. y de mi siempre creciente admiración por su talento para que yo pudiera temer ser mal interpretado en mis consejos. Me alegro de su resolución de ir a América y creo que por medio de los tipos captados en forma tan sensitiva por Ud., se empezará una nueva época de la pintura paisajista. Pero su América no debe ser Brasil, ni Cumará o el río Magdalena, o las islas de las Indias Occidentales. Ud. debe ir donde se reúnan palmas, helechos arborescentes, cactus, montañas nevadas y volcanes, es decir, la cordillera de Los Andes misma, del grado diez norte hasta el quince, latitud sur, en otras palabras, Quindiu y Tolima, en el camino de Santa Fe a Popayán, o bien, Quito, o aún, también, Méjico al pie del Orizaba, aunque Méjico tiene un carácter demasiado nórdico a causa de sus

inevitables robles. Quito y Perú superior, los precipicios del Chimborazo, frente a Guayaquil, y todo el camino acostumbrado de Cartagena, Turbaco, hacia Bogotá, el Paso de Quindiu, Popayán, el volcán de Sotara, Puracé, Pasto hasta Titicaca y las montañas medidas por Pentland.

Cúidese de las zonas templadas, de Buenos Aires y Chile, y de los bosques sin volcanes y nieve, del Orinoco y del Amazonas, y hasta de los islotes. Un gran artista, como Ud., debe buscar lo grande. Cúidese, ante todo, de lo que lo desvíe de este objetivo. El señor Arnim es un hombre excelente, pero conoce muy poco este territorio. Aquí no se puede encontrar ningún medio hacia el éxito, quizás, vender bien un cuadro, especialmente si Ud. lo envía a una exposición, pero no hay nada que ganar con su presencia.

Me alegrará mucho verlo aquí o en París, donde, seguramente, estaré a fines de este verano o antes. Como mis viajes no dependen de mí en absoluto, sus planes no deben regularse por ellos. Posiblemente no abandone Berlín en esta primavera, lo haré sólo en caso de que el viaje del emperador a Rusia me obligue ir a Varsovia. Pienso que el proyecto apropiado debiera ser el siguiente: tratar inmediatamente de hacer valer el plan en los Ministerios de París, de modo que Ud. obtenga durante tres o cuatro años, cinco o seis mil francos anuales por producir una colección de estudios de grupos de plantas particulares, ordenados según familias, dibujados a pluma, para el “Jardin des Plantes”, o la “Académie des Beaux Arts”. Como Ud. pasará por París, podrá conocer, por intermedio de nuestros amigos comunes, especialmente por el señor Gérard, el nombre de los ministros ante quienes yo podría interceder directamente, con excepción de Cuvier y Forbin, sino que más bien ante el Ministro del Interior y otras personas influyentes. Le enviaré la recomendación que Ud. desee y, en verdad, lo más influyente, en el sentido de que yo explique la ventaja de un viaje de esa naturaleza. Debe demostrarse que los dibujos botánicos no sólo nos dan la naturaleza de la flora, sino que hay algo más, que debe suceder, y es que con tales objetivos pueden alcanzarse también otros objetivos secundarios. Es de esperar que hasta entonces, en Francia, el Ministerio haya cambiado en su totalidad o en parte, pero aun así, yo daría los pasos necesarios, si Ud. pudiera decirme de París (ya que antes no puede saber nada definitivo)

quién es el influyente en tales casos. Del "Jardin des Plantes" no resultará nada, pero hay que referirse a él, si se es consultado. Se entiende que yo, de todos modos, le daré recomendaciones para América, pero, por desgracia, dirigidas a autoridades en continuo cambio, pues, a excepción de Bolívar y Lucas Alamán, ningún otro conocido está vivo o reside en el país. Cuente con mi simpatía y admiración por su excelente talento.

Su *A. v. Humboldt*
Berlín, 13 de marzo de 1830.

Perdone la prisá con que le escribo."

La suave oposición frente al objetivo de Rugendas de dar pasos en Berlín, y aun de obtener un pronunciamiento, que se infiere en la carta, por cierto, que no tenía base en una mala voluntad de Humboldt. El estaba muy bien interiorizado de las limitadas situaciones del país y deseaba que el pintor ahorrara esfuerzos inútiles y desmoralizadores. Podría decirse, para su buena fortuna, que Rugendas, sin embargo, no sabía leer entre líneas, pues, cuando sólo resultaron ventas de cuadros en su viaje a Berlín, como había dicho Humboldt, esto significó un progreso para él. Sobre todo, encontró puertas cerradas. Humboldt se detuvo en Fischbach, Silesia, un castillo de la corte prusiana, a donde él había acompañado a la emperatriz Carlota, de Rusia, y al Príncipe de la Corona Prusiana, siguiendo sus obligaciones de chamberlán. Es digno de admiración cómo encuentra tiempo en toda la baraunda cortesana para escribir al pintor algunas líneas de ayuda, en las que apenas se percibe algún ligero resentimiento:

"He sentido íntimamente, mi apreciado Rugendas, de que se haya cumplido mi aprehensión, expresada a Ud. hace meses, de no poder saludarlo en Berlín. En el ajetreo de la vida aquí no me ha sido posible poder escribirle las cartas recomendaciones para París, Londres y América Hispana. No tendré la suerte de verlo en Berlín, pues, si no vuelvo a Varsovia, voy probablemente de Teplitz a la Silesia Superior, sin embargo, le enviaré, puntualmente, donde Ud. guste, cada una de las cartas recomendaciones. Me dirigiré a Ud. a Berlín, donde el señor Schinkel. Desgraciadamente, Ud. no me ha enviado ninguna dirección y, como seguramente conoce al señor Schinkel, puede ponerse de acuerdo con él para el envío a Londres o París. Supongo, mi estimado, que tiene razones particulares para querer

visitar la frecuentada y malsana Haití. De Inglaterra no espero mucho para Ud. y, si Ud. hubiera seguido mi consejo de viajar de Múnchen directamente a París, e informarme de ahí, a quién debiera haberme dirigido en las condiciones de esta época, todo habría salido más fácil. Sin embargo, esto no es ningún reproche a su natural vehemencia.

Con profunda devoción.

Su *A. v. Humboldt*
Fischbach, 15 de junio 1830."

Rugendas permaneció bastante tiempo en Berlín, donde dibujó a Ernst Hofmann, un conocido de Río, mientras tanto esperaba encontrar a Humboldt a su regreso. Este se mostró con toda su franca amabilidad. Le escribió al artista inmediatamente:

"Es una alegría inesperada saber que Ud. está todavía aquí, mi querido Rugendas. Si no lo encuentro ahora (traigo la carta conmigo), vendré hoy en la tarde (de regreso de Charlottenburg), entre las cuatro treinta y seis. Ayer estuve en Postdam.

Su *A. v. Humboldt*
Lunes".

Con toda amistad intercedió por el pintor en la venta de cuadros en la familia real, hecho que debía llenarlo de especial alegría:

"No se enoje, mi querido Rugendas, porque haya vendido uno de sus hermosos cuadros al Príncipe Wilhelm, hijo del rey, sólo en el precio de treinta Fr. d'or, fijado por Ud. Conozco la corte, más no se puede conseguir. La mayoría de sus cartas está escrita. Espero vender otro de sus cuadros.

Su *A. v. Humboldt*
Viernes".

Puso a Rugendas en contacto directo con la corte:

"El traslado del rey, de Charlottenburg a Berlín, tanto como su viaje a Postdam, de donde regresó sólo ayer, no le han permitido recibir a Ud., mi querido Rugendas. Habló ayer, no más, con mucha amabilidad, de su llegada y dijo que él y el príncipe esperarían gustosos recibirlo con sus valiosos trabajos. Si no lo ha hecho ya, creo que debiera escribir unas tres líneas al Mariscal del rey, Conde Von Keller, en el sentido de que Ud. desearía, antes de su partida, que él transmitiera personalmente sus más respetuosos agradecimientos a su Majestad el Rey. No olvide agregar su dirección. Estoy muy acongojado a causa del

peligro de muerte en que se encuentra una pariente cercana, pero me alegrará mucho verlo el lunes, a la una, con los espléndidos trabajos que desea presentar al rey.

Con toda amistad.

A. v. Humboldt

Los cuadros que tenía para ofrecer Rugendas representaban todos escenas de la selva primitiva, o grupos de plantas aislados, de Brasil, como palmas, árboles helechos de altos troncos, que pintó como óleos, según sus dibujos. El no pensaba producir cuadros de Italia, quería mostrarse solamente como pintor de las grandes lejanías. Humboldt le aconsejó nuevamente, estudios de plantas tropicales, para las que él atribuía a Rugendas un don especial. Hay una carta suya para Schinkel, en la que indica sus deseos al pintor. Después que le transmitió la feliz noticia que otros dos cuadros suyos se habían vendido y uno de ellos al rey (a manera de precaución le hizo un recibo de los honorarios en forma precisa), le hizo cien proposiciones de representaciones pictóricas de la exuberante vegetación de Sudamérica. Puede observarse, cómo absorbe completamente su imaginación este mundo magnífico, lleno de colorido.

Rugendas recibió de Humboldt, al mismo tiempo, una serie de órdenes oficiales. En su legado se encuentra una de forma anónima dirigida al Gobernador de Quito. La presentamos aquí, para demostrar con qué afecto personal procedía Humboldt en favor de su protegido:

“Monsieur le Gouverneur!

Votre Excellence voudra bien permettre qu'un homme vivement attaché au sort, à la prospérité croissante et aux institutions libres de votre belle patrie, sollicite votre haute protection pour un de ses compatriotes, pour un jeune artiste du plus grand mérite, Mr. Rugendas, auteur d'un célèbre Voyage Pittoresque au Brésil. L'étude de la nature et le désir de faire connaître à l'Europe les sites admirables des Cordillères de Quito, l'attirent vers l'Équateur. Mr. Rugendas joint à un beau talent de la modestie et une grande délicatesse de sentiments.

Daignez, Mr. le Gouverneur, l'accueillir avec cette bonté qui (je l'ai éprouvé avec reconnaissance dans d'autres temps) caractérise vos compatriotes.

Je suis avec la plus respectueuse considération,

Mr. le Gouverneur, de Votre Excellence le très obéissant serviteur.

A. v. Humboldt.

Berlin, 30 juillet 1830”.

Rugendas abandonó Berlín, no sólo con dinero necesario para el viaje, producto de sus cuadros, sino que se había ganado en especial los buenos deseos del Príncipe de la Corona, los que le aprovecharían mucho, más tarde. Se trasladó a Londres, donde no encontró ninguna clase de interés por alguna comisión, tal como Humboldt había temido. Permaneció en la capital inglesa justamente en los días de la revolución de julio y, como él se mostró siempre un ardiente demócrata, los acontecimientos políticos franceses le indujeron a partir inmediatamente a Francia. Debido a la política, descuidó allí sus propios asuntos urgentes. Era, por cierto, un momento inapropiado para hacer proyectos artísticos. Varios amigos de Rugendas habían perdido sus puestos influyentes o, a lo menos, sus influyentes conocidos, y no podían hacer nada por él. El mismo prefería participar en debates políticos y leía la Oda a Carlos X, de Platen, un trabajo un poco extravagante; leía a hombres como Mérimé, Ampère, Cousin y Constant. Nos admiramos que perdiera tan calmadamente su preciado tiempo y no partiera, sencillamente, en otoño de 1830, confiando en la buena suerte que Kopisch le había elogiado. Como Alejandro von Humboldt vino a París a fines de año, se esforzó quizás más celosamente que Rugendas mismo, por éste, aunque Huber, que no pertenecía a los admiradores del gran investigador, con gusto lo hubiera puesto en pugna. En una serie de cartas breves y notas dirigidas por Humboldt al pintor, se manifiesta la buena voluntad, a pesar del ajetreo diario. En la primera carta breve de diciembre, puede leerse:

“Mis más sinceras gracias por sus hermosas láminas. La enorme actividad, tanto como la partida apresurada por el cambio y el lamentable proceso que consume nuestro tiempo, me obligan a rogarle que me reciba el domingo, a las 11.30 de la mañana.

A. v. Humboldt.

Miércoles”.

Se conviene en un plan determinado, pero no resulta. Humboldt le escribe:

en Méjico resultó rica y fructífera en sus relaciones con los hombres, contribuyendo al desenvolvimiento de elevadas concepciones.

Rugendas se había sentido tan cohartado en Brasil ante la enceguecedora plenitud luminosa y el resplandor de los colores, que se limitó sólo a los dibujos. Lo que ejecutó en ellos para el mundo vegetal y el paisaje selvático es suficientemente testimoniado por el entusiasmo de Humboldt. Sus representaciones, sin embargo, no mostraban la misma fuerza artística. Luchó, en posesión de su conocimiento académico, contra aquello que le desconcertaba frente a la realidad. A este respecto, le fueron de utilidad los grandes pintores que conoció en París, pues el estímulo que sintió de parte de ellos para su pintura y colorido fué mucho más importante y decisivo. Como sabemos, hacía tiempo que había empezado a pintar una serie de óleos del Brasil, según sus dibujos. Sin embargo, este era un campo limitado, con el material que se repetía constantemente. Llegó a una libertad pictórica completa, por primera vez a través de su propia visión y fuerza frente a la naturaleza infinitamente rica y variada de esta tierra bienaventurada.

Rugendas captó todos los aspectos con entusiasmo. No olvidó los estudios de la fisonomía de las plantas ya que ellos correspondían enteramente a su inclinación; sin embargo, el paisaje se presentaba ahora absolutamente dominador. Humboldt había elogiado en sus cuadros de plantas que él había alcanzado el efecto pictórico a través de la verdad y la fiel imitación de las formas, y él permaneció también fiel a este estilo en los paisajes y cuadros de ciudades. Su arte era arte de vistas en las que daba forma a la composición con fácil gracia. Amaba el tema del primer plano oscuro; sin embargo, llegó a creaciones completamente luminosas y libres. Su colorido mostraba constantemente maravillosa armonía, a veces componía los tonos en forma completamente moderna, atrevida y llena de gracia. Su estilo se hizo, a la manera impresionista, rápido y fácil. A menudo dibujaba con el reverso del pincel los contornos en los húmedos colores y frecuentemente simplificaba las representaciones en forma sumamente original. Le interesaba la luz en todas sus fases. Producía los delicados tonos de la aurora, tanto como la total fuerza luminosa del cielo tropical, o el encantador colorido del atardecer. Amaba las formas de nubes y quedaba profundamente

hechizado por la manera en que la luz derramaba sus rayos sobre ellas, coloreándolas de mil modos. Además produjo con gusto escenas nocturnas en que los tonos sólo se dejan presentir, o bien, en que se encuentran delicados y nebulosos a la luz de la luna. Rugendas siguió siendo en eso el romántico que podía representarse todas las formas sólo con vida y movimiento interno. Sus cimas se alzan hasta los cielos, sus cordilleras vagan tras las apresuradas nubes, sus plantas irradian una fuerza secreta y en todo movimiento se manifiesta un anhelo inconsciente que afluje hacia el Creador.

La técnica artística de nuestro pintor era, en general, la de óleos sobre cartulina. La mayoría de las veces pintaba sus cuadros más tarde, según sus dibujos, en cuyos márgenes había anotado los colores meticulosamente. Sin embargo, varios se originaron directamente frente a la naturaleza. Naturalmente, algunos han de estimarse como bosquejos o proyectos, pero poseemos una tal abundancia de obras excelentes, que corresponde al pintor incondicionalmente un lugar sobresaliente en la pintura paisajista de su tiempo. Rugendas, también, produjo en Méjico una serie de pinturas costumbristas, para las cuales le había faltado el interés en Italia. Le ofrecían una oportunidad favorable para estudios de trajes regionales y representaciones típicas. Estos cuadros están pintados con fresca y llenos de vida; sin embargo, no llegan siempre a la altura que alcanzan sus paisajes. En los retratos al óleo, nuestro artista quedó notablemente atrás, aunque continuamente escogía sólo formatos pequeños en los cuales había probado ser un seguro maestro desde largo tiempo, como retratista. Es una lástima que no hubiera pensado más a menudo en acuarelas o dibujos a tinta, pues mostró en ellos graciosa delicadeza y facilidad y también es de sentir que justamente en Méjico tratara los dibujos, a menudo, sólo como pre-estudios y no como obras acabadas.

Rugendas se había trazado el siguiente plan para su trabajo en este viaje. Buscaba un lugar grande e interesante en el que podía encontrar, como artista, un rico material y contar con buenas perspectivas de venta. Emprendía de ahí excursiones a los alrededores y seguía avanzando cuando hubiera cogido todo lo digno de ver y también tuviera listo un pequeño capital para el siguiente punto de detención. Una de las más agradables circunstancias de buena fortuna de esta magnífica tierra era el hecho

de que la adquisición de los medios necesarios no le presentaba dificultades. Cuando dejó Méjico, elogió especialmente la evidente facilidad con que encontró compradores.

Según el catálogo de las obras confeccionado por Rugendas mismo, no es difícil seguir su camino. Recorrió el territorio de océano a océano; en efecto, en una extensión relativamente angosta que abarca de Veracruz en el Golfo de Méjico, hacia Jalapa y de San Blás, en el Océano Pacífico, hacia Acapulco. Fué la parte del territorio donde encontró la más exuberante vegetación con las más altas montañas, los lagos más maravillosos y la variada abundancia de lugares. Comparado con los prodigiosos valores del país, lo que él pudo representar significaba sólo una pequeña porción. El pintor, sin embargo, dió fidedignas vistas del comienzo de los treinta años del siglo pasado que, desde el punto de vista histórico cultural, ofrecen testimonio de la forma más encantadora cómo el valor artístico los consagra especialmente. Rugendas, nuevamente, hizo sus viajes a caballo, "mi caballo favorito Babú", leemos en una lámina. Confiarse libre y orgulloso a la desconocida extensión y conquistar el territorio para sí, producían el más alto deleite en el diestro y temerario jinete.

Primero, se detuvo algún tiempo en Veracruz. Existe una encantadora representación de la plaza principal de la ciudad; a un lado de ella hacen ejercicio soldados, mientras que en el otro, indios ofrecen en venta sus mercancías, bajo carpas para el sol, y otros arrear pacíficamente burros cargados. Nos muestra, además, casas al estilo español, iglesias barrocas, el camino al Camposanto y, como cuadro nocturno y lúgubre, el cadáver de uno que ha muerto de peste, a cuyo lado reza un monje, mientras los buitres se amontonan hacia las ventanas abiertas. Representó desde el mar la bahía cubierta de veleros, con el Fuerte San Juan de Ulúa, la última posesión de los españoles, y captó detrás de la ciudad la enorme silueta del Pico de Orizaba, la cumbre más alta de Méjico. Se dirigió entonces al norte, hacia Jalapa y dibujó en el camino, repetidas veces, el famoso y viejo Puente Nacional. Con gran entusiasmo se dedicó de nuevo al paisaje en cuyo horizonte se alzan los altos volcanes nevados, el Pico de Orizaba y el Cofre de Perote. De Jalapa y otros lugares pintorescos como Córdoba, Orizaba, Acuzingo, Seguro de la Frontera, la antigua ciudad de Cortés, o de

las venerables ruinas de Centla, poseemos deliciosos cuadros suyos.

En seguida pintó en las espléndidas haciendas, en Mango de Chavo, la posesión del general Santa Ana, en Pacho, donde representó un servicio litúrgico campestre con una fuerte participación de indios, en la capilla de la propiedad. Y ante todo, en Mirador, la hacienda de Sartorius, de donde se podía gozar de la maravillosa vista del Golfo Azul y la esplandeciente nieve del Pico de Orizaba. Sartorius, profundo conocedor del país en todos sus aspectos, le mostró las peligrosas barrancas —muy cerca de allí, la barranca de Santa María—, las profundas y anchas gargantas de Tierra Caliente, en las que el pintor se entregó, como en Brasil, arrobado por la exuberancia de la vegetación, al estudio de los helechos arborescentes, del bananero, de los cactus gigantes y las palmas, cuyo suave movimiento supo captar maravillosamente. Sartorius lo llevó también, cerro arriba, hacia Tierra Templada, donde los oscuros pinos le recordaban su país. Lleno de entusiasmo orientó su inspiración al pueblo, los indios. Los dibujó en todas partes, y los mostró en sus chozas y sus trabajos. Entonces se apoderó de él el majestuoso mundo de los volcanes nevados, que lo llamaban, como antes lo habían hecho los Alpes. Pintó el Itzacihualt, la mujer blanca de los indios, en una tormenta de nieve que arrecia sobre los precipicios y colocó en una luz clara como el día, su orgullosa cumbre blanca. Reprodujo el Popocatepel en cada tono de luminosidad. Hizo resaltar el nevado cráter, deslumbrante ante el profundo azul del cielo tropical, y lo presentó en la misteriosa luz de la noche. Un cuadro lleva la inscripción "dibujado a quince mil pies de altura". Podemos imaginárnoslo entre las figuras dibujadas ante el fuego del vivac, que empieza a brillar, al lado de la nieve envuelta en la penumbra. No se cansaba de contemplar las gigantescas nevadas cuando las veía del lado opuesto, desde las inmensas y altas planicies mejicanas. Camino a la capital, lo atrajo Amecameca, el conocido lugar de peregrinación, con su camino de estaciones, devotamente visitado, y la misteriosa y antigua ciudad de Las Pirámides, Cholula, que pintó con gran entusiasmo.

Fijó su segunda residencia en la ciudad de Méjico. La floreciente ciudad y sus articuladas planicies, cuyas cadenas de montañas dirigen la vista a la vasta extensión, lo hacían extasiarse en su inspiración. Es-

taba siempre preparado para encontrar, cada vez más, nuevos aspectos. Así, mostró con júbilo el colorido de las magníficas iglesias, el imponente acueducto, una procesión esencialmente española, un concierto militar en la tarde, con pintoresca iluminación, un multicolor cuadro de un mercado, un par de enamorados en una terraza bañada por la luz de la luna o, como escena de trágica aflicción, el retiro secreto de las personas muertas del cólera, de las casas, en la tranquilidad de la noche. En Chapultepec se sintió cogido por la vista del histórico castillo donde habían residido los virreyes y el maravilloso y vetusto parque en el que pintó, una y otra vez, los árboles gigantes de Ahuehuate, los altos cipreses de pantano, recomendados especialmente por Humboldt, para la gran aprobación del investigador. En Tacubaya se dedicó al venerable y antiguo Palacio Episcopal y de aquí fijó su vista sobre la ciudad de Méjico y Las Nevadas. Emprendió amplias excursiones en todas direcciones. El lago Tetzcucó al lado de la capital, que hoy ha desaparecido casi completamente, lo representó en cada tono de luz imaginable. Tampoco olvidó el santuario, tan venerado en Méjico, la Iglesia de Nuestra Señora de Guadalupe, y dibujó a la orilla del lago las raras y sobresalientes rocas. En seguida se dirigió a Teotihuacán, el famoso lugar de cultura precolombina, para representar allí los augustos monumentos de La Pirámide del Sol, de la Luna, o de la Calle de la Muerte, que pintó una vez secretamente en los apagados colores de la penumbra del atardecer. No habría sido el descendiente de Georg Philipp, si no se hubiera sentido inspirado para pintar el campo de batalla de Otumba, en la cercanía de Teotihuacán. Bosquejó una movida composición, rica en figuras, de la conocida batalla en que los españoles bajo Cortés olvidaron la derrota de La Noche Triste.

En el norte de la capital, lo atrajo la montaña Organo de Actopán con sus raras rocas de basalto y pórfido. Pintó en Atotonilco el Grande y Atotonilco el Chico, las características formaciones rocosas y los oscuros pinos y, reprodujo en la hacienda de Regla la nombrada catarata que cae sobre las rocas de basalto, con su blanca espuma. Permaneció largo tiempo en el cercano Real del Monte, la ciudad minera alemana. Llamó propiedad del amigo Morán a la famosa y antigua hacienda jesuita de Chapingo, hacienda que a menudo cambió de dueño, y mostró en diversas vistas la esplén-

dida mansión palaciega. En el sur de Méjico visitó el pintoresco Xochimilco y el encantador Cuernavaca, ambos lugares históricos de la época azteca. No se cansaba de descubrir paisajes que le atraían cada vez más, para dar vuelo a sus ansias creadoras. Repentinamente sobrevino la fatalidad. Rugendas, como extranjero, se había mantenido constantemente alejado de la conmovida política del país. Pero ahora su amistad lo llevó a ocultar en su casa al general Morán y al escritor Santa María, a quienes deseaban detener. Cuando esto se descubrió, por traición de alguien, se dió a la tarea de sacarlos secretamente de la ciudad, a través de la cadena de soldados. Este osado riesgo tuvo éxito. Sin embargo, Rugendas fué apresado a su regreso, cuando, extasiado por la magnificencia de cielo en tormenta iluminado por el sol, olvidó las precauciones y en vez de dirigirse rápidamente a la ciudad, tomó su pincel y colores. Se le mantuvo preso dos meses en La Acordata, en Ciudad de Méjico. Por cierto que no fué ningún tiempo agradable, ya que tuvo que sufrir entre la inmundicia y los piojos, encerrado con toda clase posible de individuos, de los cuales el cólera sacaba como sus víctimas fuera de la prisión. Se ayudó con su arte, dibujó su arresto, su celda, los enfermos del cólera y prisioneros. En un pequeño bosquejo al óleo que reproduce a una graciosa jovencita, se encuentran las palabras "Lola y Libertad", que permiten inferir una posible relación de amistad. Rugendas fué absuelto en un proceso, pero se le aplicó el duro castigo de abandonar el país. Se dirigió ahora hacia la costa del Océano Pacífico y esta ruta constituyó su tercera y última etapa en Méjico.

Rugendas no se apresuró especialmente. Hizo su viaje con el Dr. Harcourt, bajo incógnito, aunque sin el temor de visitar todos los lugares que le atraían para dibujar y pintar todo.

Deben haber sido días deliciosos, pues ambos amigos se avenían extraordinariamente. Harcourt ensalzó a Rugendas como el camarada más agradable y nuestro pintor se expresó, cuando volvió a su país, sumamente entusiasmado por la amabilidad, amplia cultura y gran sensibilidad de Harcourt, quien, desgraciadamente, murió en 1834, poco después de su separación. En la expedición, el Dr. Harcourt se hizo cargo del trabajo científico, geológico-geográfico y Rugendas, de la parte artística. Primero se dirigieron al Volcán Toluca que el artista

pintó varias veces y, en cierta ocasión, bajo una fuerte tormenta. No descuidaba los bosques de pino en la cercanía, ni dejaba de captar las maravillosas formaciones rocosas como, por ejemplo, la Roca de Zapilote. Sentía constantemente la fuerte inclinación hacia dichas formas fantásticas de la naturaleza. En las minas alemanas de Anganguero y San Juan Bautista, trabajó con ahinco, hasta que los amigos partieron hacia la hermosa ciudad de Morelia para gozar del pintoresco Lago Patzcuaco con sus limpias aguas azules. En seguida, la meta de su viaje fué el Volcán Jorullo, que se había formado sólo en 1759 y que había provocado la más profunda curiosidad en Humboldt. Ascendieron al cráter y recorrieron dificultosamente las incultivadas tierras, las llamadas Mal País, que había dejado el torrente de lava alrededor, en vez de florecientes campos. Atravesando Zamora se llegaba al río Lerma y, más allá, al lago Chapala, el más grande de Méjico, antiguamente casi desconocido, en el que se encontraba, sobre una isla, el lugar de destierro para los que procedían de casas correccionales. Pocos se imaginaban que este lugar había de convertirse en uno de los más importantes centros turísticos. Harcort y Rugendas fueron de tal modo impresionados por la solitaria y tranquila belleza, que recorrieron sus riberas en toda su extensión para descubrir todos los lugares pintorescos. En Guadalajara, Rugendas ejecutó coloridos cuadros del río Santiago con su lecho de rocas profundamente cortadas, cuadros que pertenecen a las más encantadoras pinturas por su clara fuerza luminosa. Siguió a su recorrido en la Ciudad de Méjico, la ascensión del gigantesco Volcán Colima que había reproducido con sus dos cimas repetidas veces desde la planicie, desde el Río Colima. El imponente macizo se distingue detrás de las delgadas siluetas de las palmas que crecen allí en abundancia.

Harcort y Rugendas llevaron a otros compañeros de viaje a la laboriosa ascensión. El escalamiento del último cráter necesitó un día entero. Con qué alegre triunfo representó el artista el izamiento de la bandera como signo de victoria y la atrevida descensión dentro de la agrietada garganta de cuyo interior salían continuamente humo y piedras lanzadas con violencia. Hubo explosiones más grandes que Rugendas trató de trasladar al dibujo. La vista era encantadora desde arriba hacia la amplitud del Océano Pacífico. Nuestro pintor quedó tan cautivado por esta montaña, que

una vez la pintó desde el Mar de Cortés, iluminada por la luna y como saludando de la tierra. Trabajó después en las ciudades puertos de San Blás, Manzanillo y Acapulco. Describió el mar en la paz de una tarde de sol, como también en una devastadora tormenta en que los buques se despedazaban en la costa, mientras los naufragos, angustiados e indefensos, se arrastraban y un monje conjuraba a las furiosas olas, sosteniendo una cruz frente a ellas.

Rugendas pareció haber olvidado la orden de expulsión: su espíritu se encontraba tan pleno por la magnificencia del paisaje. Repentinamente fué acusado por oficiales del gobierno y obligado a partir de Acapulco. Fiel a su plan buscó un buque para Chile. Se le permitió llevar su carpeta llena de dibujos y cuadros, pero el despreocupado artista no había pensado en que tenía que procurarse una provisión de medios pecuniarios, pues, había contado con disponer de mayor tiempo. Así, una vez más, el destino lo sorprendió en un país extranjero sin tener nada con qué empezar y, esta vez, no encontró el terreno preparado y benigno. Se despidió de Méjico con tristeza y desaliento, según lo sabemos de parte de Huber y nosotros comprendemos esto, pues el artista no estaba todavía listo para abandonar este país por falta de un estudio tanto interior como exterior, para qué decir, que también tuvo que perder la esperanza de visitar Palenque, la antigua ciudad de las ruinas.

V

LOS AÑOS EN CHILE, PERÚ Y BOLIVIA

Rugendas partió de Acapulco en mayo de 1834 y llegó a Valparaíso en julio. El había calculado pasar algunos meses en Chile con el objeto de visitar a los altivos e indómitos indios del sur, los Araucanos, y en seguida, atravesar las grandiosas montañas de Los Andes en su camino a Argentina. Expresa este propósito en una carta dirigida a su hermano Luis el 24 de octubre. Pero, debido a circunstancias adversas que ciertamente no contribuyeron a su felicidad, su estadía se prolongó, con una corta interrupción, hasta fines del año 1842, ocho largos años, en tanto que en Méjico sólo había pasado tres años. La circunstancia de que no disponía de ahorros resultó ser un serio inconveniente. No encontró a los compradores fáciles de Méjico en este

país visitado sólo por pequeños grupos de extranjeros entendidos en la materia; además, el país se encontraba al comienzo de su gran desenvolvimiento. Había poco interés por cuadros de paisajes y de escenas costumbristas, de modo que Rugendas ensayó casi exclusivamente el retrato, satisfaciendo así las preferencias del público; además, no se limitó a los pequeños cuadros de diseño tan apreciados por él, sino que también se dedicó a óleos más grandes que no correspondían a su talento. Esto no mejoró su nostalgia por aquel país fácil del sol tropical; sin embargo, trató de mantener en alto su esperanza. En la capital de Santiago, según le escribió a su hermano, fué recibido con tanta amabilidad por el Presidente Prieto y los Ministros, que, halagado, sintió la posibilidad de una comisión del gobierno. Sin embargo resultó sólo un pasaporte que le permitía trabajar en todo el país. Por fin, a principios del año 1835 reunió el capital que le permitía partir donde los araucanos, pero se presentaron dos impedimentos. Le atacó una enfermedad a los ojos, que le privó trabajar por algunos meses y la ciudad de Concepción y otros lugares que figuraban en su itinerario habían sido destruidos por un terremoto a comienzos del año, de modo que le pareció más aconsejable tener paciencia. Por fin, en septiembre de 1835, un largo año, desde su llegada a tierra chilena, pudo partir y, ahora, el destino le concede como compensación a su forzada y desilusionante espera, un maravilloso viaje, más exitoso que ninguno de los que él podría haber soñado.

Rugendas ya había captado a Valparaíso en una serie de diseños y cuadros. Había reproducido los edificios principales que, poco después, fueron destruidos por un gran incendio, las calles y plazas, la vista pintoresca de la bahía y de los lugares vecinos al mar. En seguida, en el camino a Santiago, dibujó aspectos desde Zapata y Cuesta de Prado y, lleno de esperanza, su mirada se detuvo por primera vez sobre la Cordillera de los Andes, detrás de la capital. Lo fascinó profundamente el paisaje en los alrededores de Santiago. Escrupulosamente dibujó los edificios importantes, el Palacio (la Moneda), los Ministerios, las iglesias más significativas, las plazas principales, calles y suburbios; sin embargo, se sintió especialmente arrastrado por el maravilloso panorama de la ciudad con las majestuosas y elevadas montañas. Con visible preferencia eligió los

hermosos ríos Maipo y Mapocho, con sus puentes, especialmente los puentes colgantes construidos artísticamente por los indios. Camino al sur, echó de menos, sobre todo, la inmensa variedad de la vegetación mejicana; todo le parecía aquí uniforme y sentía el alto muro de los Andes que le acompañaba a su izquierda, rígido y sombrío, comparado con los variados perfiles montañosos de Méjico. Sin embargo, su corazón fué pronto conquistado. La gente sencilla y amistosa con sus diversos tipos y vestimentas despertó en él una gran simpatía y lo incitó a los más vivos cuadros de vida doméstica y de individuos. Cabalgar, especialmente en las montañas, lo llenaba de sorprendente admiración, expresando elogios a los chilenos como los jinetes más ágiles y temerarios en general y dedicándose al estudio de los caballos con particular cariño. Del mismo modo se reconcilió con el panorama. Atravesó desde los Andes hacia el mar y regresó a los gigantes montañosos para deleitarse en todos sus aspectos. Gozó del encantador Cauquenes; la vista de la alta cumbre del Tinguiririca y del Descabezado le dió un anticipo del majestuoso mundo de las altas montañas. En sus dibujos y acuarelas de la costa del Océano, cerca de las rocas de los lobos de mar, se percibe cómo se apoderó de su corazón el romanticismo de las raras formas rocosas, tan visitadas hoy día, de La Iglesia, La Portada y La Ventana, con el mar agitado. Se dirigió, entonces, a lo largo del río Maule hacia el volcán Antuco, el cual ascendió. La incomparable vista desde la cima, de la grandiosidad del paisaje primitivo de esta parte de los Andes, la espléndida laguna del Laja, las anchas y torrentosas cascadas del río Laja, y la imponente masa de la Sierra Velluda, hicieron sentir en él, con profunda gratitud, la felicidad de ser el ilustrador de esta desconocida y primitiva magnificencia. En el mismo año 1835 el investigador alemán Pöppig había sido uno de los primeros en emprender la ascensión del Antuco. Lo describe detalladamente en su libro de viajes, el que nos informa de las dificultades y peligros de la expedición que se dirige por intransitables senderos, al borde de abismos y gargantas, hacia la cumbre de difícil ascensión. Para Rugendas todo esto era tan natural que no necesitaba mencionarse. Merecía la más grande admiración y no resignación todo aquello que provocaba esfuerzo en las excursiones. Mostró esa misma sencilla entereza en su trato con los

indios. Se cumplió su ardiente deseo de encontrarse con los indómitos araucanos. Al pie del Antuco tuvo la ocasión de hallarse con los pacíficos Moluches que ya se habían adaptado a la vida de los blancos y a través de ellos llegó a conocer una tribu primitiva picunche. Se ganó de tal manera la confianza del cacique y de la tribu, que él andaba de un lado a otro entre estos indios que vivían libremente. Pudo estudiarlos calmadamente en su vida familiar, en sus viviendas, en sus vestimentas y costumbres, en su completo primitivismo. Los encontró sencillos en su vida diaria, orgullosos en todo lo que concernía a su raza, feroces y despiadados en sus expediciones guerreras. Él nos ha dejado muchos cuadros de ellos. A pesar de toda la fidelidad que usó en sus dibujos, encontramos en sus cuadros de figuras recuerdos del noble arte demasiado clásico del trazado, llevado, tal vez inconscientemente, a presentar estos hombres que confiaban en él y lo consideraban amigo, no en la forma demasiado realista, bárbara y primitiva. Sin embargo, en otros cuadros como, por ejemplo, una acuarela en que los indios se lanzan a caballo a través de un ancho escenario, se refleja una naturalidad y grandeza de la libertad tan impresionante, que nosotros dudamos poseer una representación más fidedigna de estos nativos, hoy día desaparecidos o borrados por la civilización, en otra época, vigorosos y llenos de vitalidad. Rugendas prestó a Chile un servicio del que nosotros los alemanes oímos hablar con satisfacción. Las tribus araucanas del otro lado del Bío-Bío, donde se encontraban sus tranquilos territorios en ese entonces, habían asaltado y saqueado las regiones cultivadas, devastando sus distritos, matando a los hombres, raptando a las mujeres, robando sus rebaños, en resumen, se habían entregado a toda clase de peligrosa barbarie. Ya habían procedido contra ellos, y ahora se estaba por parlamentar con ellos. Rugendas solicitó al General Bulnes, jefe de la expedición, que le permitiera participar en las negociaciones. Bulnes lo envió como oficial parlamentario junto con otros y, Rugendas, que de nuevo encontró a su amigo el jefe cacique, tomó parte decisiva en las conversaciones. En un cuadro, que se encuentra como propiedad privada en Augsburg, aparece un alto hombre blanco que avanza hacia el indio de cabello negro y piel roja, y ambos extienden sus manos: El hecho que nuestro pintor cooperara en la liberación de un

territorio, en el que muchos de sus compatriotas encontraron hogar, debiera permanecer inolvidable entre los alemanes de Chile.

Rugendas cumplió su gran deseo de ver a los araucanos y su tierra. Guiado por un pariente del jefe picunche, recorrió durante semanas su territorio. Hacia el sur, más allá de Angol, llegó al río Cautín, allí donde sobresaie de las montañas el inmenso volcán Villarrica; en dirección al océano por Tucapel y Arauco, recorrió hasta la desembocadura del Bío-Bío, participando siempre de la vida de los indios, en cuyas chozas convivió y, con lápiz en mano, captó lo que percibía, feliz de llegar a conocer los principales lugares de la heroica epopeya de Ercilla, los que le permitían sentir la impresionante atmósfera de ese pasado primitivo. En la ciudad de Concepción dibujó las ruinas de la catedral, resultado del terremoto de comienzos del año.

Rugendas había hecho dibujos, en su viaje al sur, en la hacienda de la señora Carmen Arriagada de Guticke, cerca de Linares, y aquí conoció a su esposo, el teniente coronel prusiano Guticke, que ocupaba un puesto oficial ante el Gobierno chileno, ahora fuera de servicio. Por su intermedio recibió una invitación de la hospitalaria doña Carmen para visitar su casa en Linares. Esta cortés y amable carta-invitación del 23 de noviembre de 1835 representa el comienzo de una amistad, aún más que una amistad, una vinculación que significó para Rugendas la más profunda experiencia humana en Chile. Merece referirse más detalladamente a doña Carmen. Pertenece a las mujeres más nobles y cultas de su época en Chile, aún más, puede decirse sin exageración, en toda Sudamérica. Nacida en Chillán a fines del siglo XVIII, hija de un general español, emparentada con el General O'Higgins, había conocido también al General San Martín, tejiendo como una aureola a su alrededor el hecho de que este célebre libertador de Sudamérica la había besado, en cierta ocasión, cuando ella era niña. Su educación fué muy bien atendida, hablaba francés e inglés, estaba en viva comunicación con la literatura y la música y poseía, por sobre todo, la virtud social de despertar vida y animación a su alrededor. Se había casado tan joven, que su esposo fué particularmente responsable de su última formación cultural, pues su noble libertad en su trato con los hombres habla mucho en su

favor, aunque difícilmente podría considerarse a él como personalidad de naturaleza espiritual. En la sociedad de Santiago doña Carmen había sido una de las figuras favoritas; aunque no era lo que puede llamarse una belleza; sin embargo, se captaba la simpatía de todos por su gracia, su intelecto y sus cálidas maneras. El marco exterior de su vida se encontraba, no obstante, dolorosamente estrechado. La destitución de Guticke de su empleo, y aún más, la situación irregular de su pensión, había forzado al matrimonio a elegir, en 1831, la vida más sencilla de la pequeña ciudad. Aunque Guticke tenía buenos propósitos, poseía, sin embargo, poca habilidad para los negocios, con los que él esperaba abrirse camino y, como siempre sucede que la mala suerte y la infelicidad se hacen presentes, el resultado fué que la situación se hizo pronto muy angustiosa. La hacienda, herencia de doña Carmen, se vendió y los Guticke se trasladaron en mayo de 1836 de Linares, donde ellos se habían establecido primitivamente, a Talca, en circunstancias aún más modestas. Se agregó a esto, para entristecer su existencia, que ella misma estaba enferma y que Guticke, irritado por los fracasos y desilusiones y, atormentado por la artritis, se convirtió gradualmente en un hombre irascible que, al dedicarse a la vida de la pequeña ciudad, no pretendía interés espiritual de ninguna especie. Gozaba enteramente de la monótona entretención del reducido círculo de amigos; jugar al naípe todos los días satisfacía sus deseos; mientras tanto, doña Carmen se consumía interiormente y hacía uso de toda su reserva de paciencia para no exteriorizarlo ante su esposo y amigos.

Uno puede imaginarse qué impresión produjo en ella Rugendas, el artista de alta sensibilidad y cultura, al mismo tiempo que hombre de múltiples intereses y de suma amabilidad, cuando pasó, como huésped, algunos días en su casa en Linares, después de su viaje pleno de belleza en el año 1836. Esta amistad se hizo pronto muy afectuosa. Rugendas se preocupó de proveer a doña Carmen de libros; le envió Byron, Shakespeare, Hugo, Balzac, Schiller y otros, y esta unión espiritual, naturalmente condujo a un profundo amor cuando él permaneció por segunda vez en Talca. Esta pasión puramente espiritual significaba para doña Carmen la culminación de su vida; ella nunca habría llegado al

punto de engañar a su esposo y aparecer ante los hombres como digna de desprecio. Esta mujer, solitaria, llena de preocupaciones, sin hijos y enferma, veía en el amado la compensación de todo el desengaño y amargura de su vida. Las numerosas cartas que han quedado y llegan hasta el año 1851, son testimonios de nobles sentimientos, sean ellas la verdadera expresión de su amor o, a causa de su esposo, escritas convencionalmente, conservarán, sin embargo, su valor. Admiramos en ellas a doña Carmen como la gran amante que encuentra las más encantadoras palabras para su indio, su negro moro, como ella llama a Rugendas por sus aventuras y su nombre; la apreciamos por todas las informaciones que ella nos permite y nos alegramos por el excelente cuadro cultural de la vida de la pequeña ciudad de ese año, aún más, de la vida chilena en general. Las cartas de Rugendas de este tiempo ya no existen. Doña Carmen le escribe que ella las quemó, que es, como si hubiera ocurrido un crimen, pero ella debió decidirse por el difícil auto de fe, por Guticke, quien había empezado a sospechar. Para nuestro conocimiento del artista estas cartas habrían sido de gran valor informativo, pero no habríamos encontrado en ellas al gran amante. Rugendas se sentía dichoso de tener, en la aflicción y soledad, la hermana de afinidad sentimental, como él decía más tarde; no buscaba en ella y, en efecto en ninguna mujer, la amada que colmara su espíritu.

Después de su viaje donde los indios araucanos, el artista pasó su tiempo principalmente en Santiago. Sus cuadros de indios encontraron aceptación, y así, no le fué difícil ganarse la vida con ellos y los retratos. Por supuesto que el dinero no alcanzaba para mucho, y esto fué especialmente lo que nuevamente arrojó negras sombras sobre su espíritu. A él le faltaba la grandeza, el futuro, la seductora innovación; su trabajo no lo atraía, de modo que doña Carmen tuvo que darle aliento. *J'hésite même à vivre*, le escribía, y ella le prevenía con implorante amor de no hacerlo, de no dejar entrar en su corazón el desaliento y el hastío de la vida. Le confortaba cuando se consideraba injustamente juzgado por los alemanes de Chile, o bien, olvidado por los suyos, porque ella no le había escrito mucho tiempo, o cuando experimentaba una profunda tristeza como, a la muerte de su amigo Santa María que

había sido tan íntimo. Aun cuando su vida era en realidad bastante infeliz, ella lo animaba una y otra vez, recordándole su arte, su nombre que debía defender en favor de él, toda la felicidad que había derivado de él.

Rugendas pudo, por lo menos, emprender algunos pequeños viajes. Se dirigió a la Cordillera de los Andes, más allá de Santiago y se trasladó hacia el sur hasta llegar al Descabezado que, para su gran decepción, no logró ascender. Sabemos que a fines de 1836 permaneció en Talca, donde los Guticke. Pasó con ellos algunos días en Constitución, de donde hizo excursiones con doña Carmen a las famosas rocas de los lobos de mar, las que había dibujado con tanta inspiración.

Viajó al norte de Santiago, hacia Coquimbo y La Serena y se dirigió a las minas. En seguida, regresó a lo largo de la Cordillera, en la que se internó varias veces, especialmente en la región de Putaendo, para seguir el camino que había tomado San Martín con su división para liberar a Chile. ¡Llevaba, en realidad, en la sangre la herencia de Georg Phillip! En compañía de dos generales que habían tomado parte en las acciones, inspeccionó el campo de batalla de Chacabuco, en que tuvo lugar la primera gran victoria sobre los españoles. Cuando visitó con los generales el segundo y decisivo lugar de lucha, se le ocurrió representar la batalla, lo que se convirtió para él en una orden del Estado. El cuadro se encuentra hoy en el Museo Histórico Nacional de Santiago. Luis Alvarez Urquieta, el gran experto en arte chileno, lo elogia por algunos excelentes detalles y la expresión de vida que refleja. Sin embargo, la composición de la representación de la batalla, del encuentro de las dos fuerzas enemigas, debió carecer necesariamente de especial relieve; habríamos deseado que Rugendas hubiera ejecutado más bien valiosos cuadros de paisaje para el Estado chileno.

Es el momento ahora de hablar de los amigos de que se hizo Rugendas en este primer año en Chile. Debemos considerar entre ellos al teniente coronel Guticke, cuya personalidad no le interesaba mayormente y en cuyas preocupaciones y ansiedades, sin embargo, tomó parte, según sabemos por las cartas de Guticke. Para mérito de Rugendas y de doña Carmen, a pesar de su amor, Guticke mantuvo su dignidad y su derecho como esposo y amigo an-

te todo el mundo y ante ellos. Rugendas se hizo de muchos amigos, especialmente entre los argentinos en Chile. Las desgraciadas condiciones políticas de la gran república vecina, que vivía una verdadera época de terror bajo el tirano Rosas, habían traído a Chile innumerables fugitivos que no se sometían al dictador. Con viva simpatía se colocó Rugendas inmediatamente como ardiente demócrata frente a ellos. Odiaba a Rosas y una vez dijo más o menos en forma teatral, que debía ser la mano de demonio la que mantenía a este monstruo en su Gobierno para la desespección de América y la vergüenza de la civilizada Europa, la cual tomaba Rosas en parte como aliado y con los mismos títulos. Tal vez el destino común unió estrecha y rápidamente a Rugendas con los argentinos, con el fin de luchar por la vida en país extranjero. Su mejor amigo fué el ex Ministro Domingo de Oro, hombre fino e inteligente, en quien doña Carmen encontraba, sin embargo, la ruda decisión del gaucho. Llegó a ser el confidente de Rugendas en su conexión con doña Carmen, y el incondicional respeto y amistad que sentía por ella, nos prueba de nuevo el valor de esta dama. Su hermano Maximinio tenía poco contacto con nuestro pintor. Juan Espinosa, coronel de Montevideo, demostró ser un muy buen camarada. Era un verdadero bohemio, que pasó calmadamente a través de las más diversas profesiones y ocupaciones para llegar a ser por último director de una escuela en Arequipa, Perú. Rugendas sacó el máximo provecho de él para orientarse sobre la situación política, social y económica en Chile y Perú. El pintor se encontraba continuamente atormentado por el pensamiento de escribir introducciones eruditas para los volúmenes de ilustración que esperaba entregar según el modelo de su hermosa obra sobre Brasil. Se había procurado en Méjico grandes extractos de libros y había hecho coleccionar informaciones que nunca utilizó y que hoy necesariamente languidecen en su legado, sin ser aprovechados. Juan Godoy, otro argentino, le prodigó una calurosa amistad, que expresó en versos más bien elevados que buenos, y que él aun hizo imprimir. Rugendas hizo su retrato. Más tarde, sin embargo, por razones que no conocemos y, para la gran preocupación de Godoy, se distanció de él. En 1837 nuestro artista se acercó en Santiago al General Juan Gregorio de las Heras. Excelentes retratos a

lápiz de él y su esposa adornan hoy día el Museo Histórico Nacional de Buenos Aires. Trató muy cordialmente con don José Xavier de Bustamante, probablemente mejicano, a quien Rugendas había retratado en Méjico en el año 1830 cuando era gobernador de Oaxaca. Doña Carmen también mostró profundo respeto por este amable anciano que, a menudo, transmitía al pintor saludos de sus amigos mejicanos. Además, pertenecía a su círculo el escritor sueco Capitán Gosselmann, quien también conocía a doña Carmen, y el polaco Conde Stralitzki, por quien Rugendas sentía la más grande simpatía a causa de su nacionalidad. En su intercambio epistolar con Huber puede apreciarse cuánto le afectó e indignó el infeliz destino de los polacos en esa época. Nuestro artista fué bien recibido en los círculos chilenos. Dibujó algunas notabilidades, tales como al General Lastra, de cuya familia llegó a ser amigo; al General Bulnes, al ex Presidente Pinto y otros. Además, era un visitante muy bien visto en la casa de la querida amiga de doña Carmen, la poetisa Mercedes Marín del Solar, tan apreciada en Chile, y de quien se conservan algunas cordiales cartas. ¡Pero cosa notable! No sabemos de ningún amigo chileno que se hubiera encontrado más ligado a él que Domingo de Oro, ni tampoco de otro que reconociera su arte tan íntimamente como lo hizo su más eminente amigo argentino, Sarmiento, de quien oiremos más adelante. Los círculos alemanes lo recibieron amistosamente, aunque sin apreciarlo completamente en su importancia artística. ¡Cuán íntimamente cerca se colocaba doña Carmen por esta causa, ya que ella constantemente sentía de todo corazón la seriedad y valor de su arte!

A fines de 1837, Rugendas había ahorrado la suma necesaria para su viaje a Argentina a través de los Andes. Desde su viaje a los araucanos fraguaba él incesantemente planes para otros recorridos en el desconocido mundo de las Américas. Primero trató de dirigirse, según le escribió a doña Carmen, a Montevideo y Río, de donde quería trasladarse a Alemania, con el objeto de alcanzar algo para su arte. Calculaba más o menos tres años para el viaje y se proponía regresar después a Chile, eligiendo a éste como punto de salida para sus recorridos. Doña Carmen temblaba por cada carta que recibía, esperando que él alejara el adiós, aunque ella misma

tenía que decirle que Chile no le proporcionaba en definitiva ningún campo hacia la fama. Entonces Rugendas decidió dirigirse a las pampas y de allí subir al Perú y Bolivia, considerados en su proyecto como países por visitar. Quizás, a causa de Rosas, consideraba a Buenos Aires y Montevideo, por el momento, demasiado inquietos y peligrosos para un viaje de arte, o simplemente le faltaba el dinero para este gran recorrido. Se veía bien pesimista ante la proyectada travesía de los Andes; sin embargo, la emprendió a fines de 1837 en compañía del pintor alemán Robert Krause, que recorría Sudamérica por algún tiempo y con quien se hizo profundamente amigo, a pesar de que éste era diez años más joven. La víspera del Año Nuevo la pasó solo y triste, y se quejaba a doña Carmen que había pasado un mal año y que no podía reunir confianza para el nuevo. No obstante, debía seguir adelante y fué el camino por el mundo montañoso de indescriptible grandiosidad que revivió nuevas fuerzas y alegrías.

Los dos pintores eligieron el camino principal por el Paso de Uspallata, bastante difícil y arriesgado en esa época, pero que, sin embargo, ofrecía la más profunda experiencia. La suave nostalgia por la naturaleza más rica de Méjico que Rugendas siempre llevaba en un rincón de su corazón, desapareció ante la grandeza y nobleza, ante la subyugadora belleza de estas montañas, siempre diferentes en cada curva, en cada nueva ascensión. Los dos pintores, que llevaban consigo todas sus herramientas de trabajo, quedaban tan extasiados, que alargaron su trabajo lo más posible, deteniéndose una y otra vez para copiar las colosales rocas, las cascadas, las gargantas, a los lados de las cumbres que aparecían siempre nuevas y cuya nieve, como decía Rugendas, en el día se presentaba blanca y engeguecedora frente al azul cobalto del cielo y en las noches hacía resplandecer el fuerte brillo del fuego de los cráteres. No esquivaban ningún peligro o esfuerzo, pintaban al borde de los precipicios, o en la nieve y el hielo, pues, los elevados pasos los conducían por vertiginosas alturas.

Visitaron desde San Felipe de Aconcagua los lugares conocidos. Con qué placer contemplamos éstos en la belleza solitaria y primitiva de sus cuadros, lugares que hoy día tienen valor en parte como centros de tráfico turístico con todo su refina-

miento. Rugendas apreciaba en alto grado los trabajos de su compañero, a quien también la historia del arte menciona continuamente con distinción. El mismo diseñaba sus dibujos con extremo cuidado, escogía papel de cierto colorido y hacía resaltar el trabajo artísticamente, usando el color blanco. Una buena cantidad de estos dibujos los ejecutó más tarde como óleos que no desmerecen, de ningún modo, ante sus obras de Méjico.

Después de ascender y trasponer La Cumbre, contemplaron él y Krause, llenos de espectación, al otro lado de las montañas, el diferente mundo de las pampas. Humboldt había elogiado a nuestro pintor solamente las regiones de los montes nevados y los volcanes; Rugendas, en cambio, mostró la misma fuerte disposición para captar la enorme e ilimitada amplitud de este panorama argentino que él comparaba con la infinita extensión del mar. Experimentaba un deseo irresistible de representar la vida de los atrevidos gauchos a quienes intentaba conocer motivado por los relatos de sus amigos argentinos. Ambos pintores, ante todo, se detuvieron en Mendoza donde encontraron la amistosa recepción de una familia Godoy de Villanueva. Rugendas dibujó en la ciudad y sus alrededores y captó aquí, tanto como en su viaje a San Luis, la próxima meta, maravillosas imágenes, características de los habitantes de las pampas; particularmente lo seducían las grandes carretas de dos ruedas con sus conductores. Fué entonces cuando un grave accidente hizo alterar sus planes. Una nube de langostas había caído sobre la comarca y devorado todo el pasto, de tal modo que no quedó pastoreo para los caballos. Rugendas salió solo a caballo en una tarde tempestuosa para buscar nuevas praderas para forraje, cuando se desencadenó una tormenta y su caballo, espantado por un rayo, cayó desgraciadamente dos veces, la segunda vez, tan gravemente, que se hirió, dándose a una carrera desenfrenada. Rugendas cayó con su pie cogido en el estribo y fué arrastrado un largo trecho. El caballo se encontró muerto, y él mismo, inconsciente, con una seria herida en la frente. Se protegió al pobre en algún lugar en forma primitiva; por supuesto que no había ayuda quirúrgica de ninguna especie, hasta que el Gobernador de San Luis, que oyó de la desgracia, lo hizo transportar en un coche a esa ciudad. Allí también resultó insuficiente

el tratamiento médico y Rugendas, sabiendo que sus fuerzas no alcanzaban para un largo viaje hacia lo desconocido, resolvió volver a Chile para entregarse allí a la curación de los médicos. Con la herida apenas cerrada cabalgó hacia Mendoza y después de un par de días de descanso se atrevió a emprender viaje con Krause, que lo acompañaba fielmente, hacia el sur, a lo largo de las montañas, en dirección a los indios de ese lugar, antes de atravesar los Andes. Parece que éstos acababan de emprender un sangriento asalto a un puesto de correo y habían destruído todo de la manera usual, raptándose a las mujeres y llevándose el ganado, de modo que Rugendas llegó a conocer lo suficiente de su fiereza. A pesar de esto, se trasladó donde ellos, sentándose junto a ellos alrededor del fuego en la noche, acto que él mismo señaló como una osadía.

El invierno se encontraba frente a la puerta; todo llamaba a apresurarse en atravesar las montañas. Los pintores eligieron el camino por el Paso el Portillo y dibujaron en forma apresurada lo que se les presentó como más impresionante. Cabalgaron en medio de una gran nevazón, y al descender de los Andes cerca de Maipo, los sorprendió una tormenta de nieve peor.

Doña Carmen había recibido dos veces noticias de Rugendas. El 25 de enero, lleno de entusiasmo, le había informado sobre el panorama desde las altas cimas y de los precipicios; en marzo le comunicó sobre su accidente. Ella lo invitó inmediatamente a su casa para su restablecimiento, y él le escribió ahora acerca de su apariencia cambiada, de la gran cicatriz en la frente y de los constantes movimientos nerviosos de la cara a que estaba sometido y de los que ella no debería reírse. Pasó en mayo de 1838 unos días en la casa de los Guticke, un corto período de descanso antes de su tiempo más difícil en Chile, que duró hasta fines de noviembre de 1842.

En el cielo de su vida se presentaron oscuras nubes. Su estado de salud seguía siendo una preocupación constante y, desgraciadamente, no pudo vencer nunca más las consecuencias de su accidente. Terribles dolores de cabeza y perturbaciones nerviosas de toda clase lo atormentaban de tal modo, que a menudo su trabajo parecía, por decirlo así, que era arrancado con toda la fuerza de su voluntad de su delicado estado de salud. Se agregó a esto la difícil situación económica. Las dismi-

nuídas posibilidades de trabajo y los gastos de curación lo llevaron a contraer deudas y, si bien es cierto que podía pagarlas con ayuda de las entradas corrientes, hubo, no obstante, momentos apremiantes. Nadie sabía cuánto le oprimía todo esto. A menudo escribía a doña Carmen del hastío y cansancio de vivir, pero evitaba, con orgullo, entrar en detalles sobre tales cosas. Tenemos conocimiento de su situación difícil por el borrador de una de sus cartas. Rugendas se dirige a su amigo, el comerciante Berkemeyer, de Valparaíso, con la oferta de entregarle todos sus trabajos de Chile por una suma determinada, bajo la condición de recuperarlos, si le fuera posible a él. La descripción de su situación, como la de permanecer en casa, que él muchas veces no se atrevía a hacer por temor a sus acreedores, nos conmueve aún hoy y sentimos admiración por lo que pudo ejecutar, a pesar de todas estas dificultades. Parece que no llegó a ningún acuerdo con Berkemeyer, posiblemente porque vino ayuda de otra parte. Había enviado a Huber, con quien permanecía en ininterrumpido contacto, una serie de óleos. Huber preparó exposiciones con ellos y se dirigió a Alexander von Humboldt, y este viejo protector de Rugendas intervino inmediatamente en favor del pintor. Consideró con Ignaz von Olfers, Director General de los Museos de Berlín, la posibilidad de ayudarlo en forma efectiva y transmitió inmediatamente al Rey Friedrich Wilhelm IV la proposición de Olfers de adquirir una cantidad de trabajos mejicanos de Rugendas como base de una colección que presentaría en cuadros la belleza y diversidad de la vegetación tropical. Este rey, amante del arte que, como sabemos, Rugendas había admirado cuando era príncipe heredero, accedió y en otra oportunidad aun expresó la esperanza que "el artista trajera también a Chile". Rugendas recibió más de 2.000 Louis d'or por doscientos trabajos más o menos, de los cuales, formaron el punto de partida los enviados a Huber y, aunque sintió profundamente separarse de sus cuadros, esto le ayudó, en cambio, a salir de su situación embarazosa y amarga, por el momento. El reconocimiento artístico que se expresó en esta compra le significó nueva alegría interior y un aumento de confianza y consideración de sí mismo. Anticipémosnos y veamos cómo utilizó Humboldt estos trabajos para dar prominencia al arte del pintor. En una nueva

edición de su "Kosmos", de 1847, elogió con las siguientes palabras esta colección de Berlín, a la que se agregaban trabajos de Bellermann, de Venezuela y de Hildebrandt, de Brasil:

"Estas vistas de la vegetación tropical, que caracterizan la fisonomía de las plantas, constituyen un tesoro artístico en el Museo Real de Berlín (Sección Miniaturas, Dibujos a Mano y Grabados en Cobre), que por su particularidad y diversidad pictórica no puede compararse con ninguna otra colección hecha hasta aquí."

Al elogio anónimo, agregó Humboldt en la misma edición de "Kosmos", uno en que menciona los nombres. En el capítulo sobre la pintura paisajista como influjo para dar animación al estudio de la naturaleza se lee:

"Hasta el segundo viaje alrededor del mundo de Cook, pocos artistas bien dotados han seguido estos ejemplos de representación fisonómica de la naturaleza. Lo que Hodges ejecutó para las islas occidentales del Mar del Sur y nuestro desaparecido compatriota Ferdinand Bauer, para Nueva Holanda y la Tierra de van Dimen, lo han realizado en los tiempos recientes con estilo mucho más grandioso y con maestría más elevada para el mundo tropical americano, Moritz Rugendas, el Conde Clarac, Ferdinand Bellermann y Eduard von Hildebrandt y, para muchas otras partes de la tierra, Heinrich von Kittlitz, el acompañante del almirante ruso Lübke en su viaje alrededor del mundo..."

Rugendas encontró aún opiniones favorables provenientes de otro lado autorizado. Conoció en este tiempo a don Domingo Faustino Sarmiento, el argentino más talentoso en tierras chilenas, quien ya había atraído hacia sí la atención general por sus artículos políticos en "El Mercurio". Aun cuando las relaciones entre el autor de "Facundo", representación maestra del perfecto gaucho, tomado de la vida misma, y nuestro pintor se desarrollaron más bien tarde. Sarmiento llegó, por primera vez, a apreciar su arte en su totalidad, descubriendo inmediatamente en Rugendas el espíritu afín que se compenetraba profundamente de la gente y su tierra, de tal modo que su trabajo no sólo tenía significación artística, sino que también, histórica. Palabras como: "Humboldt con la pluma y Rugendas con el lápiz de dibujo son los dos europeos que han descrito a América en la forma más viva", dichas más

tarde, expresaban, sin embargo, de nuevo la opinión de Sarmiento. El geógrafo y naturalista francés Claude Gay, de quien se hizo amigo Rugendas en Santiago, presentó en su atlas de *Historia Física y Política de Chile*, diez visitas copiadas, según los trabajos de Rugendas. Conquistó nuevos amigos, como el político y escritor, Andrés Bello, a quien conoció en casa de doña Mercedes Marín. Disfrutó de la amistad de doña Carmen. En el invierno de 1840 ella había permanecido algunos meses en Valparaíso y se habían visto continuamente, pasando hermosos días.

Más que todo sentía la alegría de su trabajo y, especialmente, de su obra, que llevaba consigo mucho tiempo y que encontraba la aprobación de todos. Se trataba de un ciclo de escenas que se referían a un asalto indio y que en el fondo anticipaba los relatos gráficos de Max Klinger. Rugendas ya había pensado en dicho tema en sus viajes donde los indios araucanos y había representado en forma espeluznante el rapto de Trinidad Salcedo. Más tarde se informó por doña Carmen respecto al nombre de otras mujeres que habían sido raptadas, sus deseos eran proceder con bastante estilo realista. El viaje que hizo donde los indios de las pampas le dió el último impulso hacia la producción de una novela completa. En 25 cuadros describió el asalto y rapto de mujeres, la feliz huída de algunas, las luchas con los indios, las negociaciones, la devolución de las raptadas y, finalmente, la alegre fiesta de la unión renovada. Rugendas trabajó con el mayor entusiasmo en estas escenas, cuyo carácter bélico le daba vuelos y esta vez, con el mejor efecto. Debíó pintar la serie varias veces. Los bosquejos en München, algunos acabados óleos en Ausburgo, en los que admiramos la vivacidad de la composición, la tensión del argumento, la gracia de movimiento de las figuras, tanto como la intensidad de la expresión, nos hacen comprender por qué Sarmiento hacía resaltar esta obra especialmente. La llamó un poema heroico de las pampas y veía en ella una digna antítesis del famoso poema "La Cautiva", de Echeverría, su compatriota. El artista empezó a considerar en estos años nuevamente la posibilidad de un viaje. Alemania, como estación intermedia, se le presentaba como el más íntimo deseo. Fué una lástima que no se preocupara de sus relaciones con Prusia, con más entusiasmo y que, por el contrario, se mostrara descuidado en la entrega de sus trabajos, debido

a sus ataques nerviosos. Nuevamente causó dificultades a Huber. Tal vez, habría recibido él una comisión para Chile, según las palabras del rey. Perú y Bolivia lo seducían constantemente y los buques ingleses que hacían viajes regulares a las islas Sandwich y de la Amistad y recalaban además en Chile, despertaron en él el deseo de ir a estas islas tan elogiadas por Forster y, quizás, ir aún más lejos en el mundo. Entró en negociaciones con los ingleses y contó con el viaje para julio de 1841, sin falta; sin embargo, no se llevó a efecto, para gran alegría de doña Carmen, que veía este plan con preocupación por la salud de Rugendas. No sabemos si hizo alguna excursión en este tiempo a la isla de Juan Fernández, la isla de Robinson Crusoe, o si sucedió antes. Dibujos de la isla demuestran que la conocía. Una dolorosa experiencia lo hizo efectuar, por último, su gran viaje.

Rugendas se relacionaba con la familia Alvarez Condarco, en Valparaíso, donde él vivía, desde el año 1839, y se había enamorado apasionadamente de la joven Clara. El tenía el doble de su edad, además sufría a causa de su accidente, y era un artista de entradas inseguras. Es de comprender, entonces, que, ante la prevaleciente importancia del círculo en que se encontraba la familia del comerciante, ésta se resistiera a una unión. El padre escribió una ofensiva carta de rechazo, en la que llamaba paralítico al artista; la madre no hacía secreto de su aversión y, Clara, que tomaba este amor como un episodio romántico, pero que, tal vez, pensaba algo inquieta en el resultado, le envió, por deseo de sus padres, una carta de despedida, tipo colegiala. Rugendas, posiblemente, se entregó en este amor al ideal juvenil que se le escapaba con más fuerza que lo que era en realidad, y se rindió a ella con poco criterio, ya que la llamaba ángel y la elevaba más allá de toda medida. Ahora, ante el rechazo colectivo, sólo aspiró a abandonar Chile, donde se comentaba el caso profusamente en todos los círculos de la sociedad. Y sucedió en él, que ganó el artista lo que perdió el hombre y que éste tampoco fué afectado tan profundamente. Es de deplorar que doña Carmen fuera intensamente herida por esta historia. Se le había hablado de este amor de Rugendas y ella había tomado la noticia como un rumor sin importancia, hasta que él le escribió, diciéndole que su afecto pertenecía a Clara y que ella era para él sólo una hermana. Ella lo mantenía tan firmemente encerrado en su corazón,

que tuvo que seguir siendo su amiga, aunque sufrió mucho. Palabras en sus cartas, como: "envidio de lo más profundo de mi alma la paz de aquéllos que ya no viven", testimonian cuán amargo le fué a ella soportar su aflicción.

Rugendas había recibido el rechazo de Clara el 19 de noviembre de 1842, y doña Carmen supo el 28 que él había partido en un barco al Perú. Se mostró, a Dios gracias, como un Anteo que, por medio del contacto con tierra nueva, recibía nueva fuerza y resolución. La fresca brisa marina despejó su cabeza y corazón y su actividad en Perú y Bolivia fué tan fructífera, que ella sola le debería garantizar un alto lugar entre los pintores de Sudamérica.

Rugendas dibujó desde el barco todos los puertos en que se detenía, y en los puertos mismos, hasta Callao, el cual representó con la isla San Lorenzo y los lugares vecinos costaneros. Ahora se encontraba en el segundo gran país colonial de los españoles, el que le ofrecía, como lo hizo antes Méjico, en la variada y multicolor exuberancia de su vista, el profundo y fuerte estímulo que provocaba el eco de su fuerza creadora y su alegría. Encontró aquí los lugares de la alta cultura incaica, al mismo tiempo que el más hermoso arte colonial. La población, con su colorido conjunto de criollos, mestizos, indios, negros y toda clase de mezclas, le atraía vivamente. La naturaleza, en verdad, era inferior en grandeza a la de Chile; él lamentaba la uniformidad de la Puna, pero le compensaba la hermosura del lago Titicaca, aparte del extraordinario efecto del mar y las montañas.

El artista había llegado a Lima en diciembre de 1842; partió nuevamente de Callao el 2 de julio de 1844, de modo que pasó un año y medio en la hermosa ciudad. Que fué pronto bien recibido allí, lo demuestra el hecho que dibujó a los generales Morán, Bermúdez y Vivanco, y otras personalidades. Entró en contacto con el pintor peruano Ignacio Merino, a quien también retrató. Todo el arte de Merino se basaba en imitar la pintura parisiense, representar paisajes del país le habría parecido absurdo, pero Rugendas despertó en él, por cierto, una viva admiración. Una familia, Ortiz de Ceballo, se hizo muy amiga de nuestro pintor. Le escribían afectuosas cartas después de algunos años, deseando su regreso. Un señor Correa lo visitó aun mucho después en München. Los que se vincularon más estrechamente a él fueron las cantantes de ópera italianas, Tere-

sa Rossi y Clorinda Corradi Pantanelli, que actuaban en Lima, donde lo pasaban alegremente con Rugendas, en casa de amigos. Cuando se dirigieron a Santiago, le enviaron una serie de cordiales cartas, que son expresiones de su amistad.

Por mera casualidad, llegó a conocer en Lima a una persona interesante. Se encontró en una iglesia con el escritor francés Maximilian Radiguet, quien admiraba allí las obras de arte, llamándole la atención Rugendas a algunas de ellas, que eran sobresalientes. Ambos sintieron mutua simpatía. Radiguet se procuró informaciones biográficas de Rugendas, de las que hizo buen uso después.

Los primeros hermosos dibujos de Lima datan de diciembre de 1842. Rugendas produjo encantadoras vistas de los puentes sobre el Rímac, de las calles y plazas, especialmente de la plaza mayor, a cuyo alrededor se elevan los más espléndidos edificios y en la cual avanza lentamente una multitud elegante y multicolor, mientras un desagüe atraviesa apaciblemente y los buitres observan de los tejados por si acaso las aguas les llevan alguna presa. En Méjico, Rugendas había apreciado en la arquitectura, más bien, el aspecto común y colorido; aquí lo atraen los detalles artísticos. Representó con cuidadosa ejecución una gran cantidad de famosas casas antiguas, de magníficas iglesias y conventos, de hermosos claustros y patios, o los imponentes y ricos adornos de los interiores de las iglesias y capillas. Se descubre en él la alegría que siente por las formas artísticas, al mismo tiempo que refleja un sentimiento involuntario por la elegancia, que antes no mostraba en la misma forma. Se dedicó, además, por cierto, al estudio de la gente corriente, del obrero indio, de los cholos o cholas, pero aun en tales motivos como, por ejemplo, las negras que están lavando, expresó con gusto el encanto consciente, la gracia coqueta. ¿Acaso había ejercido una influencia inconsciente su trato con Clara Condarcos, quien llegó a ser después una de las damas de moda más importantes de Santiago? Rugendas erigió el más espléndido monumento a las elegantes bellezas de Lima. Las cabezas de sus doncellas y de las jóvenes damas de la sociedad, con la fina línea ovalada de sus caras, los grandes ojos oscuros, la expresión picaresca y, sin embargo, reflexiva, forman una galería de belleza no superada, para América. Seleccionó especialmente un grupo, las llamadas Tapadas, las embo-

zadas, no puede llamárseles las veladas, ya que estas damas ocultaban la cabeza y cara hasta una abertura de observación, bajo un impenetrable género de seda. Era imposible reconocerlas y como la moda reinante prescribía ocultar completamente la figura en trajes con pliegues y las juveniles formas mostraban en sus movimientos la misma gracia, ningún padre, hermano o novio aprensivo podía identificarlas, si cambiaban sus vestidos entre ellas, lo que daba, naturalmente, ocasión a interesantes aventuras amorosas. Rugendas describió en forma encantadora a las bellezas en vestimentas que no eran del todo ventajosas para su gracia femenina. Ya sea que ellas estén de pie, anden, se sienten o se arrodillen en la iglesia, siempre fluye la profusión de pliegues alrededor de sus delgadas figuras en la forma más esbelta. Las representó con gran afecto en cada una de las técnicas, en los más finos dibujos a lápiz, en delicados cuadros estilo Gouache o en óleos. En todos sus trabajos de Lima se percibe un aire de gracia cultivada. Sus retratos de religiosos, priores y monjes, muestran figuras nobles y distinguidas, una ligera gravedad separa a sus abadesas y monjas de sus hermanas seglares, pero también a ellas rodea el fino aire de la alta cultura de la sociedad.

En su visión abigarrada captó también a los bañistas del mundo elegante de Lima en los lugares costaneros de Miraflores o Chorrillos. Involuntariamente, se agrega una ligera comicidad a las frescas representaciones, debido a las antiguas costumbres y trajes anticuados. Fué notable un trabajo suyo, en que mostró una increíble paciencia. Dibujó y pintó a acuarela las imágenes de todo el cuerpo de virreyes del Perú, y éstos no eran menos de 44 figuras.

Abandonó Lima el 2 de julio de 1844, relativamente tarde para todo lo que él pensaba ejecutar. Su salud, nuevamente, le había dado que hacer, según escribió a doña Carmen. Viajó en barco hacia Islay, para ascender desde allí a Arequipa, donde encontró a su amigo Juan Espinosa, ahora un digno director de escuela y, después, a Domingo de Oro.

Efectuó pintorescos bosquejos de Arequipa, con el alto volcán El Misti y el imponente monte Chachani al fondo, después ascendió a Puno. Los pequeños y antiguos lugares, como Puno, Juli y otros, en que los españoles habían construido las más magníficas iglesias, lo extasiaban. Dividía

su interés entre la arquitectura y el panorama, haciendo del segundo, cuadros encantadores. Un sentimiento completamente nuevo se encuentra en los finos dibujos ejecutados con menos líneas definidas. En la movilidad del panorama mejicano se introdujo algo así como la paz del atardecer. Las vistas del lago Titicaca pertenecen a los trabajos más maduros de nuestro artista. Parece que él primero se dirigió a lo largo del lago hacia el sur por Tacora, Pachía hasta Tacna, aun hasta Iquique y Arica. También quería conocer, llevado por su interés por todas las cosas, los desnudos desiertos. De la bahía Cobija ascendió hacia Desaguadero y de aquí a la capital de Bolivia, La Paz. Fué una lástima que no dispusiera de más de cuatro semanas para este interesante país. Escribió una carta a doña Carmen el 1º de noviembre, desde el barco. Esto sólo podía referirse a su viaje de Arica a Cobija y, el 27 de noviembre le escribió, nuevamente, de Puno, Perú.

En Bolivia desplegó Rugendas un poder sorprendentemente rico y feliz. El hecho que en el corto tiempo de su permanencia le fué posible retratar algunas notabilidades —por ejemplo, el General O'brien y dos ministros, un señor Frías y un señor Guerra—, habla elocuentemente de su profesión como artista. La Paz fué representada por él en forma pintoresca con la enorme silueta del Illimani, como también en encantadores cuadros de sus calles. Vemos, por ejemplo, en la casa esquina, la famosa Casa de la Murciana, cómo los asnos cargados trotan por una calle, mientras, en la otra, las llamas estiran sus cuellos con curiosidad. En Rugendas los hombres y animales nunca actúan como figuras o elementos puramente secundarios, pues, podemos observar en él que, como un verdadero cronista, sencillamente ofrecía la vista de lo que percibían sus propios ojos.

Dos clases de trabajos de Bolivia merecen especial consideración. Primero, las representaciones arqueológicas. Ya había buscado con vivo interés el antiguo arte incaico y pre-incaico desde Lima, en los alrededores de Magdalena, Chorrillos, Lurín y otros lugares. Ahora se dedicó a él ampliamente en Tiahuanaco. En la isla del Sol del lago Titicaca siguió con atención los grandiosos restos del templo de la misteriosa leyenda del primer inca Manco Cápac. Sin embargo, admiramos los más bellos trabajos de Bolivia, en sus jóvenes indias, pertenecientes a los Aymará, cuyas imágenes pintó y

retrató con el nítido arte lineal de Ingres. Las dibujó con sus raros trajes y enormes sombreros, particularidades que uno no olvida ante la maravillosa expresión de sus caras, en las que percibimos, en forma incomparable, el tranquilo orgullo y la noble dignidad de la antigüedad.

En su carta de Puno, del 27 de noviembre, escribió el artista a doña Carmen, que él proyectaba un viaje a Cuzco. Veía una posibilidad de viaje en el barco *Eridias* que, de todos modos, debía partir a mediados de enero de Valparaíso a Buenos Aires, por el Cabo de Hornos. Esperaba alcanzarlo y visitarla a ella previamente. Su viaje a Alemania se había hecho un firme propósito. Las perturbadas condiciones políticas del Perú que todavía no había alcanzado la calma completa desde su separación de España y que aún sufría revueltas, no le inducían a perder, una vez más, esta favorable oportunidad de viaje.

La última parte de su viaje por Perú fué muy productiva. Hizo magníficos dibujos de pequeños lugares de la región de Puno, aun cuando los encontraba melancólicos, lo que nosotros comprendemos, si leemos lo que escribió de su mano en un dibujo de Pucará: "y llueve incesantemente a torrentes". Cuzco vino a ser la terminación más digna. En la forma más variada trabajó en él y en su alrededor, especialmente en el antiguo lugar incaico de Ollantaytambo. Vemos hoy con tristeza sus magníficos cuadros de Cuzco; aquí, también dibujó el antiguo Templo del Sol con la iglesia dominicana construída sobre él. Muchos monumentos que copió cayeron víctimas, en 1950, del demonio de las ciudades de los Andes, el sismo. Rugendas viajó apresuradamente de Cuzco a Arequipa y de aquí a Islay para volver por barco a Valparaíso. No puede haber llegado antes de los primeros días de enero de 1845. Felizmente, tuvo tiempo para ir a Talca. Sus relaciones con doña Carmen se habían hecho nuevamente muy cordiales, ellas habían adquirido el calor de una amistad que los hacía felices. Rugendas vino a darse cuenta cuánto había sufrido doña Carmen. En realidad, su vida era triste. Por su parte, la irritabilidad de Guticke, que podía exteriorizarse en forma brutal, había empeorado tanto que, a veces, llegaba a ser intolerable. El había sido empleado de nuevo en el servicio oficial con un sueldo modesto, pero que le protegía de la miseria. Doña Carmen le describía a su amigo en una carta

dirigida a Lima, la fiesta de víspera del año nuevo, 1843, en su casa, de la cual los invitados, ante el mal humor y ofensas de Guticke, se habían ido cerca de las once para seguir celebrando en otra parte. ¡En verdad, un destino infeliz e inmerecido para doña Carmen! La despedida de Rugendas, que ella presentía que sería para siempre, la afectó profundamente. El destino posterior de esta extraordinaria mujer, que vamos a anticipar, fué muy notable. Después de la muerte de su marido, que aconteció mientras Rugendas aún vivía, ella quedó con una pensión tan pequeña que no habría podido vivir con ella. Personas amigas cuidaron fielmente de ella y de su vieja empleada, de tal modo que no sufrió ninguna urgencia. Llegó más allá de los 100 años y, como nació en el siglo XVIII y murió a principios del XX, perteneció a esas personas extraordinarias que han visto tres siglos. Sus sentimientos por Rugendas permanecieron invariables, aunque él no contestó más sus últimas cartas. Hablaba de él siempre con el mismo cariño y admiración, sin dejar ver cuán cerca estuvo él de ella. Doña Carmen poseía una gran cantidad de sus obras. Desde el primer retrato a lápiz que le envió en 1836, después de su visita a Linares, hasta cuatro figuras de las graciosas Tapadas que le envió de Lima, le había obsequiado un álbum completo de dibujos y una serie de óleos.

Alvarez Urquieta, a quien seguimos en las informaciones sobre ella, habla en su ensayo sobre Rugendas del destino posterior de estas obras. Mientras estuvieron en su poder, le sirvieron a doña Carmen para mantener vivo el conocimiento y reconocimiento del pintor. Hasta su muerte, esta gran amante, como la hemos llamado, sólo pensó en la gloria de su amigo. Su nombre, por lo tanto, no puede faltar en ninguna biografía de nuestro pintor.

No tenemos ninguna información directa, si Rugendas llegó aun a visitar en Chile a su famoso colega francés Monvoisin. Habría tenido tiempo, ya que el *Eridias* parece haber partido después de mediados de enero. En abril de 1843, doña Carmen le había escrito a Lima acerca de Monvoisin, de su exposición en Santiago, de las buenas críticas de la prensa y del alto precio que se atrevía a pedir por sus cuadros. En una carta, del 22 de marzo de 1844, dirigida a doña Isidora Zegers de Hunneus, una de las primeras damas de la sociedad, de quien era muy amigo, Rugendas había expresado

el deseo de conocer al gran pintor y, David James, el excelente biógrafo de Monvoisin, cree que este encuentro se llevó a efecto en la casa de doña Isidora, en Santiago, antes que Rugendas partiera de Chile y opina que sería de sumo interés saber qué se dijeron estos dos maestros.

Difícilmente, puede pensarse en dos contrastes más fuertes que Monvoisin y Rugendas en la época de su actividad en Chile. Monvoisin, el elegante retratista del gran mundo, que se presentaba como el príncipe de los pintores, recibía las comisiones más brillantes, el oro le llegaba a paladas y era el centro de atracción de las grandes fiestas y celebraciones, había llegado a Chile como pintor y político cultural, para fundar aquí una escuela para pintores y el Estado, inmediatamente, había dado considerable apoyo a sus planes. Rugendas, en cambio, había desembarcado en Chile, pobre, había luchado duramente y no sabemos si poseía, ahora, en el momento de su partida, suficiente dinero para pagar su viaje a Alemania. Como siempre, debía contar con entradas mientras estaba en camino. Rugendas habría producido admiración incondicional e inmediata junto a Monvoisin, con su elegante arte de imágenes en grandes formatos, para el cual nuestro pintor no tenía ningún don especial. Sin embargo, siempre se inclinaba a honrar el mérito de otros, sin menospreciar, con ello, su propia obra. Sabía bien cuánto valor había en su trabajo fidedigno e ilustrativo esparcido en tantos países de Sudamérica. No envidiaba de ningún modo a Monvoisin su fama exterior y la celebración de que era objeto. A Rugendas le agradaban los amigos en pequeños círculos, al mismo tiempo buscaba la soledad y podía convivir con los indios y la selva primitiva por puro placer, durante semanas, en beneficio de su trabajo y su interés humano. Uno no podría haberse imaginado a Rugendas en las bulliciosas fiestas de los elegantes salones que era necesarios para Monvoisin, y mucho menos, o en absoluto, imaginarse a Monvoisin en las carpas de los indios o en los miserables refugios de las montañas. Quizás, pensaba Rugendas con cierta amargura —y nosotros pensamos con él lo mismo—, cuánto más fácil hubiera sido su trabajo en Chile, si el Estado, que le había ordenado sólo un cuadro que representaba una batalla, le hubiera mostrado algo de la bondad dispensada en forma tan derrochadora a Monvoisin.

VI

REGRESO POR ARGENTINA, URUGUAY Y BRASIL

Rugendas viajó por el Cabo de Hornos hacia Argentina. Los Andes lo acompañaron continuamente, saludándolo desde el país que, a pesar de todas las aflicciones experimentadas, le había sido querido, cuán querido; eso lo habría de advertir cuando estuviera en Alemania. En el camino, en una de las detenciones del barco, dibujó algunas cabezas de fueguinos y patagones. Desde su estada en Brasil había pensado continuamente en tales estudios etnológicos de suma significación. Poseemos dibujos del año 1826, de esquimales que accidentalmente estuvieron en París. En todos los puertos donde llegaba, siempre visitaba los buques y captaba en sus diseños, a menudo, dibujos maravillosos, hombres de todas las naciones. Su barco se detuvo, también, en las islas Malvinas. Según sabemos, Rugendas dió evidencia de esta estadía por medio de diversos dibujos o trabajos de otra índole. Pasando por Maldonado y Montevideo llegó a Buenos Aires, donde permaneció algún tiempo.

No le fué muy fácil detenerse mucho tiempo en la capital de Rosas. Se había declarado enemigo del dictador quien, sin considerar si se decía algo bueno de su política o no, tomaba toda clase de medidas tiránicas de desprecio a la justicia, de tal modo que la vida de miles de hombres pesaba sobre su conciencia. Cuando Monvoisin desembarcó en Montevideo, llamó inmediatamente a este famoso artista a Buenos Aires para hacerse retratar por él. Parece no haberse preocupado de Rugendas absolutamente. No sabemos si éste conoció a Manuelita, la hija de Rosas, la primera dama del país, que dirigía la vida de la sociedad. Personalmente, ella era amable y atrayente, aun cuando las muchas oscuras acciones de su padre debían ser de su conocimiento. Rugendas, a menudo, habló de su hermosura después de su regreso a Alemania, cuando informaba de sus experiencias americanas; sin embargo, sólo debió haber oído hablar de ella o, a lo sumo, haberla visto en público. Pronto se relacionó con conocidas personalidades, lo que debió agradecer a sus amigos de Chile. Había dibujado allí al General Las Heras y al Almirante Manuel Blanco Encalada. Ahora hizo el retrato de los generales La Madrid, Paz, Pacheco y Obes. Ade-

más, a la señora María Sánchez de Mendeville, una de las más conocidas damas de Buenos Aires y una excelente mujer, que más tarde participó en obras de beneficencia de la ciudad y a quien lo unió una espontánea y cálida amistad. Se encuentra en posesión de sus descendientes, entre otros dibujos, uno encantador de su nieto. Las cartas que la Sra. Mendeville escribió a Rugendas, de Buenos Aires, Montevideo y Río, en los años 1845 y 1846, son de enorme valor para poder juzgar la inquieta situación política.

Rugendas produjo pintorescas vistas de la ciudad, especialmente desde el río de La Plata. Hizo excursiones a San Isidoro, Tigre, San Fernando y a la Ensenada Concha, donde copió los hermosos árboles ombú. Sin embargo, su interés principal se dirigía al hombre del pueblo, al hombre de las pampas y, como lo hizo en Mendoza y San Luis, se propuso reproducir con entusiasmo los tipos de conductores de carretas, de arrieros de mulas, gauchos y soldados, que él sabía captar con extraordinario sentido de la vida. Reprodujo, además, características escenas aisladas, llenas de vida, una cacería en las pampas, la captura de toros salvajes; dibujó caballos, mulas, ganado y perros, en resumen, todo lo que estaba unido a la vida en esta amplia planicie. No parece que se haya aventurado muy al interior, por ejemplo, hasta Córdoba. Podía ejecutar sus estudios sólo en la vecindad de Buenos Aires pues, el estado de guerra llamaba a la precaución. Doña Carmen manifestó su preocupación en julio al preguntarle, si había abandonado la peligrosa ciudad a salvo. Su partida se efectuó posiblemente en junio. Es de lamentar que no haya podido cumplir su gran deseo de estudiar a fondo a Argentina. Su accidente lo privó de hacerlo en su primer viaje y, ahora, lo obstaculizaba la política. Sin embargo, los magníficos cuadros de los Andes que hizo en su viaje con Robert Krause, tanto como sus dibujos y acuarelas de los habitantes de las pampas, son suficientes para dar su lugar característico a este país entre los otros que visitó el pintor. No hay que olvidar que aquí recibió el último estímulo para su obra favorita, el ciclo de asaltos de indios.

Después de Buenos Aires Rugendas se detuvo algunas semanas en Montevideo. La vida era aquí belicosamente colorida. La ciudad desafiaba al tirano Rosas con una resistencia de años. Por eso tuvo que sufrir

un largo sitio con fluctuantes golpes de fortuna y llegó a ser en este tiempo el punto de reunión de todos los combatientes opositores, soldados y fugitivos. Los multicolores uniformes deben haber recordado a Rugendas su juventud cuando ayudaba a su padre en la representación de los soldados napoleónicos. El artista produjo aquí excelentes cuadros de soldados, figuras que no sólo son vivas y frescas en sus gestos y actitudes, sino que también aquellas que dejan reconocer los caracteres propios de su raza —en realidad, había en la ciudad la más variada mezcla de americanos, europeos y negros— una particularidad que Sarmiento hizo resaltar constantemente a Rugendas con el más alto elogio. "Es más historiador que paisajista", dijo, una vez, refiriéndose a sus cuadros de América, "sus representaciones son documentos en los que se manifiestan los cambios que la raza española ha experimentado en América y que son imperceptibles para muchos. El chileno no se parece al argentino pues éste aparece más árabe que español, del mismo modo como se diferencia notablemente el caballo de las pampas del caballo del otro lado de los Andes".

La Sra. María Sánchez de Mendeville había recomendado calurosamente a Rugendas a sus amigos en Montevideo. Menciona en sus cartas los nombres Pfeil, Ceballos, Bulle y Nin. Disfrutó de la mayor popularidad entre ellos y le fué posible dibujar al Presidente de la República de Uruguay, de la República Oriental, D. Fructuoso Rivera. La Sra. María Sánchez misma aspiraba a ir a Montevideo, pues, la capital argentina se había convertido para ella en un lugar peligroso. Para su gran pena y la de sus amigos, Rugendas ya había partido cuando le fué posible dirigirse allá. Rugendas también se detuvo algunas semanas en Montevideo. Quizás, el estado de guerra fué el causante de las dificultades que encontró para vender sus trabajos. Y él no podía darse el lujo de vivir en una ciudad sin ganar dinero. Se dirigió por el Paraná arriba, hizo estudios del pueblo en Uruguay, parecidos a los de Argentina y llegó finalmente por Paisandú a Brasil para trasladarse a Río. Es curioso que ningún trabajo aislado testimonie este amplio viaje; sabemos de él sólo por intermedio de las auténticas informaciones que aparecieron en 1848 en la "Revista de Arte", de Schorn en München. ¿Acaso la salud de Rugendas no andaba bien en esta época y le hacía sentir, por lo tanto, poco entusiasmo por su

trabajo? El había escrito a Doña Carmen que sufría de fuertes dolores de cabeza.

Nuevamente se encontró en Río, la maravillosa ciudad que, por primera vez en su juventud, le había revelado el esplendor de los trópicos y veía de nuevo "agitarse las relucientes hojas de las palmeras en la brisa del céfiro". No sabemos con seguridad cuando llegó; si interpretamos bien una carta de la Sra. María Sánchez de Mendeville, debe haber llegado en agosto de 1845, de modo que habría pasado aquí un año entero. Conoció al joven Emperador Pedro II, hijo de la Emperatriz Leopoldina, fallecida prematuramente; contaba apenas 20 años de edad; sin embargo, se esforzaba por sobresalir en todos los campos de actividad por su vivo interés y serias aspiraciones. El y la Emperatriz Teresa Cristina adquirieron obras suyas. Cuando Rugendas participó en una gran exposición en la Academia de Arte con una serie de cuadros, el Emperador puso a disposición de ella una pintura de las ruinas incaicas en el lago Titicaca con vista hacia el Illimani y la Emperatriz, una de encantadoras imágenes de damas peruanas. Rugendas obsequió al Emperador una escena de un asalto indio. Como premio por la riqueza artística que Rugendas había traído a Río, el Emperador le confirió la alta distinción de Cavalheiro da Orden Imperial do Cruzeiro y, fué Félix Emile Taunay, el antiguo conocido del pintor en sus primeros años en Brasil, quien le comunicó esta gracia. Rugendas dibujó al joven Emperador en 1846 y publicó una litografía del dibujo en la editorial de Hanfsaengl en München. Un ejemplar de ésta se encuentra en el Museo Maximiliano de Augsburgo. El joven Emperador es representado en una actitud elegante y graciosa. La expresión de su cara tiene un aire de ligera tristeza. ¿Era la herencia de su infortunada madre o el presentimiento de su futura suerte? Don Pedro II murió en el destierro después de una vida sacrificada y dedicada completamente a su país. Brasil sólo le demostró la estima que tanto merecía cuando ya había desaparecido. El retrato de Rugendas es uno de los mejores del monarca.

El Emperador Pedro escribió el 18 de junio de 1846 una carta a su hermana, la Princesa Joinville, en París, en favor del artista. La carta se encuentra en el archivo del Museo Imperial de Petrópolis y en ella el emperador recomienda al pintor como un hombre de gran talento cuyos interesan-

tes cuadros de costumbres, paisajes y trajes podrían recordarle su querida patria.

El pintor experimentó en Río una gran alegría, que la Sra. María Sánchez de Mendeville ya le había anticipado. Sarmiento, en viaje a Europa, pasó por Río y se encontró con Rugendas. El argentino nos ha descrito el encuentro en forma humorística. Era el carnaval, y en las calles de Río dominaba una inmensa agitación. De las ventanas se les lanzaba a todos los que pasaban bolitas de cera llenas de perfume. Para apartarse de este placer dudoso, emprendieron ambos amigos una excursión a los grandes jardines del Palacio Imperial de São Christovão, cerca de Río. Allí cayeron en manos de König, botánico austríaco, quien los atendió con amabilidad durante todo el día pero, en cambio, los forzó a oír el nombre y clasificación de cada planta existente, de tal modo que quedaron, a la postre, completamente agotados. Sarmiento vió en Río todos los trabajos argentinos de Rugendas y, fué ahora cuando se formó la brillante idea del arte del pintor, que después expresó en sus obras. Rugendas regaló al amigo un óleo de una escena guerrera que reproducía un contraataque de los sitiados de la ciudad de Montevideo. Sarmiento gustaba de este cuadro por las características peculiares de las gentes en quienes él creía reconocer su origen. La obra recibió un lugar de honor en el salón de su casa en Chile y, Sarmiento invitaba a sus visitas a admirarla. Desgraciadamente fué destruida más tarde por un incendio.

Era la aspiración de la Sra. María Sánchez de Mendeville ir a Río, pues, Montevideo no le parecía muy seguro y, aun habló a Rugendas de que proyectaba y esperaba hacer un viaje a Europa en que él sería su guía. Desafortunadamente —como pudo aprovechar un buque de guerra francés— llegó ella a Río en los días en que Rugendas proseguía su viaje a Pernambuco en el buque "Express", de modo que no se vieron más.

Rugendas había trabajado bastante en Río. Había ampliado sus viejas vistas con diferentes dibujos del Corcovado, del Pan de Azúcar y de la pintoresca Guanabara-bai. También se había dedicado profusamente a estudios del pueblo y nuevamente había mostrado su interés por los negros. No parece haber hecho recorridos más grandes. En Pernambuco, la ciudad más septentrional de su primer viaje, siguió nuevamente un tiempo relativamente tranquilo para su trabajo. Permaneció meses

allí, se encontró con amigos alemanes y suizos y sospechamos que no pudo partir antes por falta de dinero para el viaje. Obtuvo un préstamo de un conocido en Río, cuya devolución había de serle tan pesada en Alemania. Siempre la antigua canción de la falta de dinero que llegaba a él resonante e inarmónica en su vida. A la salida de Pernambuco dibujó desde el mar el suburbio Olinda con la casa donde había vivido. Un último recuerdo personal de los largos años de trabajo en el rico mundo de América.

VII

LOS ÚLTIMOS AÑOS DEL ARTISTA EN SU PAÍS

Rugendas desembarcó en Falmouth, Inglaterra, posiblemente en marzo de 1847. Se trasladó inmediatamente a París, llevado por el urgente deseo de poner en camino la publicación de sus trabajos y alentado por la esperanza de que la ciudad se le mostrara tan propicia como en los tiempos pasados. Fué huésped de su amable amigo, Barón Arnim, de Nápoles, quien ahora actuaba como embajador en París. El pintor encontró un vivo y cálido interés tanto por sus experiencias como por su obra en la embajada, de la cual hizo un dibujo para el Barón. El 21 de marzo se dirigió al Ministro del Interior francés, Ducatel, con la proposición de una publicación que habría de contener a Chile, Argentina y Uruguay juntos en una especie de atlas de cuadros y, además, 200 reproducciones, de las cuales, 100 pertenecerían a paisajes y vegetación y 100 a figuras y cuadros costumbristas. Rugendas esperaba contar con una suscripción oficial de 200 ejemplares. Desgraciadamente la época no fué favorable. La revolución de febrero de 1848 oscureció las perspectivas. No pudo conseguir nada.

Rugendas se trasladó entonces a Augsburgo, la ciudad paterna, donde llegó el 1º de julio de 1847, según el "Allgemeinen Zeitung", "como un hombre de 45 años, casi como había partido, pero rico en dibujos, planes, cuadros y diseños". Qué alegría ver de nuevo a su anciana madre y a sus hermanos. El había apoyado a su madre fielmente siempre que pudo hacerlo. Uno se emociona al encontrar en el legado recibos de dinero, los cuales dan testimonio de ello. Sus dificultades, como las que vivió en los últimos años en Chile, habían sido especialmente dolorosas porque le im-

pedían ayudarla. Empezó ahora una relación más profunda con su hermano Luis. El hermano, mucho más joven que él, se convirtió en su fiel amigo y confidente hasta su muerte.

El estado de Baviera se dejó llevar por el entusiasmo hacia él. Se pidió a Rugendas mostrar sus trabajos al Rey Ludwig I quien pasaba un tiempo en los baños de Brückenau. Quizás desde el principio se consideró el proyecto de que el Estado comprara la obra total del artista, en lo referente a América, a cambio de una renta vitalicia que debía ascender a 1.200 florines anuales. El dictamen de una comisión de la Academia de Arte y Ciencias a la que pertenecían von Martius, von Schwind, Schubert y Lange, está fechado, 3 de febrero de 1848, bajo el gobierno del Rey Ludwig. Se refiere a 2.928 hojas que se dividen en cuatro secciones: trabajos de carácter paisajista, trabajos sobre diversas naciones, en seguida, trabajos sobre condiciones culturales e historia de las costumbres de los habitantes y, por último, sobre historia (arquitectura moderna y antigua o personajes históricos notables). El pronunciamiento sobre el valor de esta obra es muy favorable. La comisión adhiere con completa convicción a la elevada opinión expresada por Alexander von Humboldt en "Kosmos". Se puede leer, además, al pié de la letra:

"A la Comisión Académica le es fácil juzgar el valor artístico de la colección de Rugendas después que el artista ha sido reconocido en todos sus aspectos, especialmente, después de la publicación de su "Viaje Pintoresco a Brasil", en la reunión de esas raras particularidades que fundamentan su individualidad artística. Rugendas sabe captar lo característico de las cosas con finura y reproducirlo con agudeza y precisión. Entrega con pocos trazos una imagen que satisface al artista como bosquejo y que es suficiente para la comprensión del hombre de ciencia. Especialmente ha de elogiarse el hecho que esta representación de los objetos de la naturaleza sea *sencilla y verídica*, sin agregado subjetivo y que, además, sea elegante. También en aquellas láminas que se elevan del simple bosquejo a la composición, como en los numerosos cuadros costumbristas, ha de reconocerse esta sana percepción y amor a la verdad del artista. Y, por último, debe destacarse que el artista sabe representar con la misma maestría los diversos objetos, la fisonomía humana y la arquitectura, los animales tanto como las plantas y cadenas de montañas.

Aun los bosquejos poco detallados contienen tanto de la característica percepción y de los finos rasgos que, debido a que uno completa al otro, el bosquejo mismo aparece suficientemente adecuado y preparado para la ejecución posterior. Con estas consideraciones la Comisión llega a la conclusión que esta colección posee *un alto valor científico y artístico*.

Se recomienda calurosamente la adquisición por parte del Estado y se hace valer, aún más, el pensamiento que se suscribe de todo corazón a todo aquel que tenga conocimiento de la sacrificada obra de Rugendas, "que aquí no se trata de una o algunas obras de arte, sino del *reconocimiento de toda una vida artística con todas sus dificultades, privaciones y peligros*."

El 15 de junio de 1848 fueron recibidas bajo el Rey Max II, las obras para la colección bávara de arte contra recepción de una renta anual de 1.200 florines que debían representar los intereses del capital gastado por el artista en sus viajes. El acta está firmada por Rugendas, el profesor von Schwind, el Conservador Brulliot y el Director de la Galería de Arte Clemens Zimmermann. Se declara que el total de trabajos es ahora de 3.062. La comisión informante había recomendado que las partidas aisladas de la obra total que el artista hubiera ejecutado sólo por sus propios medios, fueran publicadas y multiplicadas para beneficio de la Academia de Artes y Ciencias. En su alegría por ver su obra pronto publicada, pues le era de suma importancia que esto se realizara lo mejor posible, Rugendas se comprometió el 15 de agosto de 1848 a ejecutar en forma adicional y gratis, anualmente, 20 bosquejos de paisajes según los croquis; en total debían ser 200 hojas: 50 de cada uno de los países, Méjico, Perú y Bolivia, 25 de Argentina y 25 de Brasil. Rugendas, que había establecido su residencia en München, estaba feliz de encontrarse tan honorablemente reconocido y ver sus perspectivas futuras tan favorables. Desafortunadamente no se realizaron estas últimas. No se dió ningún paso oficial para la publicación posterior, dejando que él se preocupara, aunque no poseía ningún don especial para asuntos comerciales ni podía hacer nada en estos tiempos agitados e infelices. Experimentó el dolor de verse rechazado una y otra vez por los editores. Tampoco sucedió nada que contribuyera a su gloria. Las obras habían desaparecido en las colecciones de arte como en una trampa. El informe favorable

de la Comisión no llegó a ser conocido por el público en general. Faltaba en Baviera un Humboldt que constantemente indicara de nuevo el don especial y obra de nuestro artista. Nunca se organizó una exposición total de sus magníficos paisajes y cuadros costumbristas que habrían de esparcir en forma especial el conocimiento de maravillosas tierras y a los que podría haber agregado relatos de sus experiencias. Naturalmente que estaba en libertad para participar en exposiciones. En 1848 entregó al Club de Arte de München dos cuadros, uno de la hermosa serie de asaltos indios y el otro que representa una cacería de animales salvajes en la pampa (sentimos que no haya pensado en esta oportunidad en sus preciosos cuadros paisajistas). Sin embargo, todo reconocimiento de su obra se limitó al proveniente de un pequeño círculo, lo que debió recibir con amargura.

Felizmente le prodigaba el destino pequeñas alegrías. Este hombre tan amable como distinguido tenía constantemente amigos. Había perdido contacto en esta época con uno de los más viejos amigos, Viktor Aimé Huber, quien le había escrito durante todos estos años y a quien la Sra Marín, de Santiago, llamaba, por eso, el amigo religioso. Parece que Rugendas, que no concebía el aprovecharse y explotar a sus semejantes, se sintió ofendido por la proposición de Huber para que buscara el refugio del Príncipe von Thurn y Taxis. No contestó más su carta, y así se extinguió una amistad que había durado más de 20 años. En München y Augsburgo, no obstante, se encontraba un simpático círculo alrededor de nuestro artista. Cuando leemos en su legado tan sólo las cartas de Franz Hanfstaengl, percibimos la mejor intencionada atmósfera de alegría y calor de la vida con que rodeaba München a estos amigos. En Suiza fué invitado muy a menudo por sus amigos procedentes de Perambuco. En 1848, Sartorius, el buen amigo del feliz Méjico, llegó a Alemania y dió algunas conferencias sobre ese país en Darmstadt y Frankfurt sobre el Main. No poseemos evidencia que haya visitado a Rugendas en esa época; sin embargo, la circunstancia de que él pronto publicó su interesante libro "Méjico y los mejicanos", con 18 grabados según los dibujos de Rugendas, debió llenar al artista de viva satisfacción, aun cuando la liviana gracia de su lápiz se presentaba en los grabados con cierta frialdad.

En 1849 recibió una carta de su gran

amigo americano Domingo Faustino Sarmiento, la cual le mostraba cuán valioso lo consideraba este admirador de su arte para las relaciones culturales entre América y Alemania. Reproducimos esta carta, hasta ahora no publicada, la cual es más significativa para el escritor que para el receptor:

Santiago Nov. 28 de 1849

Mi querido Rugendas:

No he tenido hasta hoy el placer de adquirir noticias directas de V. Por Guticke he sabido que estaba en Baviera, y gozaba de la consideración de sus compatriotas. Le envío a V. mis dos últimas obras, mis Viajes y Educación popular. En la primera he consignado algunos recuerdos de Viajes relativos a V. Los números adjuntos de la Crónica, periódico que redactó en Santiago le instruirán de la nueva persecución entablada por Rosas contra mí. Después del asesinato de Varela, V. sabe lo que me aguarda, si este malvado no halla otro medio de vengarse. He escrito a Francia, interesando a muchos amigos para que dando cuenta por la prensa de mis trabajos en beneficio de la civilización y de la libertad de la América del Sur, me apoyen en el concepto público contra mi formidable enemigo. Un amigo poderoso en Francia debe solicitar a Mr. Merimée para que escriba sobre las dos obras citadas, y la posición política del autor en la cuestión del Río de la Plata. Si V. pudiera apoyar esta solicitud para con Mr. Merimée me haría un gran servicio. Necesito que los hombres de corazón apoyen en Europa mi nombre, que puede un día hacerse el representante en América de las ideas de progreso, libertad y civilización por las cuales he combatido hasta hoy. Mi nombre ha ganado inmensamente terreno desde que he regresado de mis viajes. En Chile la prensa de todos colores me respeta. Ya no me atacan como extranjero y la Crónica es considerada hoy en Chile como el diario más respetable que existe. He puesto mi pluma en ella al servicio de la emigración europea a estos países y a la promoción de todas las mejoras que puedan contribuir a la regeneración de estos países. La circulación de mis escritos está prohibida en la República Argentina y Rosas ha enviado a Mendoza una poderosa imprenta para que me ataque y persiga en un diario y periódico mensual que se titula *la Ilustración argentina*. Pero

mi nombre es querido hoy en todas las provincias y en B. Aires, de federales y unitarios, y los gobernadores mismos hablan de mí con entusiasmo. Este estado de cosas tiene a Rosas asustado, y mete una bulla del diablo con mis ataques; pidiendo al gobierno de Chile me aleje del país.

En estas circunstancias me interesa que mi nombre sea conocido en Europa, y existen simpatías entre los hombres que aman la libertad. Me interesa por una previsión política que debo confiar a V. En Buenos Aires en despecho del sistema de Rosas, la emigración europea aumenta todos los días, y lo que había yo previsto en el *Facundo*, bien pronto será mayor en número, que la de los nacionales, sobre todo entre las masas, pues Rosas las aniquila en las guerras que tiene siempre pendientes. Ahora pues, me interesa que los alemanes emigrantes, que vienen a América me conozcan y me consideren como su protector, porque un día llegará en que esta palabra pueda ser efectiva. También me interesa por cuanto en las diversas complicaciones de la Europa con Rosas, necesitarán un día entenderse con un argentino que les dé garantías de que los intereses europeos serán respetados en América, y desaparezca ese antagonismo que ha suscitado Rosas.

Si se ha publicado *Civilización y Barbarie* en alemán como me lo ha dicho Witi-ker, mándele un ejemplar a Merimée y otros a algunos escritores capaces de apreciarlo.

Yo encargué una edición de láminas de 1.000 ejemplares, por conducto de Mr. Jules Bélin libraire Rue Christine a Paris, para hacer una nueva y lujosa edición en América.

Pienso publicar todavía otro libro, que puede ser interesante, de que le mandaré un ejemplar. Ayúdeme pues a salir de la oscuridad americana; interese a los escritores alemanes, que den noticia de mis trabajos y mándeme por conducto de Mr. Bélin que le indico, o por el de Mr. Otto Hude en Valparaíso, o el Dr. Wappäus de Gotinga las cartas de V. y las noticias y papeles que me interese ver. Aquí tengo amigos alemanes que me traducen de su idioma cuanto me interesa conocer.

Deseo recibir noticias de V. y espero que no se hagan aguardar mucho tiempo. Sabe V. que me he casado con Benita Martínez, viuda de Dn. Domingo Castro. Oro, pobre en Copiapó, Juan Godoy el mismo que V. dejó aquí.

D. F. Sarmiento

Comparado con Sarmiento, activo, enérgico y rico en ideas, que buscaba ampliar su radio de acción cada vez más, y en quien se presiente al futuro presidente de Argentina, uno puede apreciar cuán apartado de la vida estaba Rugendas y en qué pequeña medida cogía y controlaba las cosas externas. Había descuidado el contacto que lo unía al amigo activo, notable y sumamente servicial; contacto que podía serle muy útil para que volviera el deseo de regresar que abrigaba constantemente. No era ésta, sin embargo, ninguna negligencia o culpa, del mismo modo como no podría reprochársele por no preocuparse más enérgicamente por su obra y su publicación. Su vitalidad se agotaba. Las consecuencias del accidente en San Luis avanzaban despiadadamente, pronto toda su energía habitual alcanzó sólo para salvaguardar su actitud frente al mundo en los momentos adversos.

Por supuesto que nuestro artista experimentó la alegría de que sus obras fueran altamente cotizadas en varias ocasiones en estos años. El Rey Otto de Grecia compró un cuadro suyo y el botánico von Martius utilizó otro dibujo más. Pintó algunos cuadros de la campiña y una hermosa imagen otoñal de Nymphenburg. Sin embargo, una comisión real, que al principio se presentó como buena fortuna, resultó ser de tal naturaleza que agotó las últimas reservas de energía de su vida por el deseo de cooperar. Era el siguiente cuadro: Colón como descubridor del Nuevo Mundo, pisando esta tierra por primera vez. Según el deseo del Rey Max II, debía pintarlo para el Museo Maximiliano de München en formato gigante de la época, con toda pompa y suntuosidad de los hermosos cuadros históricos de ese entonces. Rugendas, el artista delicado, que obraba a base de una fina influencia interna y externa y que estaba acostumbrado a los formatos pequeños, tuvo que fracasar irremediabilmente en esta ocasión. Trató de rehusar, pero el rey, para quien los pintores de München como Kaulbach y Piloty, habían producido tales obras con entusiasmo y maestría, persistió en su deseo. Y así siguieron para Rugendas años difíciles de inútiles esfuerzos, de los que dan evidencia una serie de bosquejos en el Museo Maximiliano de Augsburgo. A la amargura de no poder ejecutar lo que se esperaba de él, y de lo que se daba cuenta perfectamente el artista, se agregó una dolorosa experiencia. Había pedido consejo a sus amigos pintores —se dice que

especialmente a Piloty—. La envidia, incitada por algún elogio precipitado y exagerado de los labios de algún amigo, dió a conocer públicamente que el artista, en forma ilícita, se había dejado ayudar y se había engalanado con medallas prestadas. Rugendas fué tan profundamente herido por esta vil inculpación que escribió a su hermano diciéndole que apenas tenía el valor de mostrarse en la calle y no sentía deseos de escribir más a Riedel y a otros amigos.

Cambió su residencia de München a Augsburgo donde, para su desgracia, su madre murió en 1853, y sus relaciones con su hermana Luisa se hicieron mortificantes. Había hablado en Chile a Doña Carmen de una unión de Luisa con un hombre al cual no aprobaba su familia y que, por lo tanto, apartó a Luisa de los suyos. Para agravar la situación aún más él había contraído deudas con ella, pues su hermana disponía de dinero que había recibido de una herencia, deudas que le oprimían y que no iban a ser canceladas debido a su urgida situación pecuniaria, antiguo mal suyo. En realidad Rugendas vivió a menudo en la necesidad. Si no llegaba otra entrada, la renta no alcanzaba para sus obligaciones, en las cuales la preocupación de los suyos jugaba siempre un papel principal. No salía de sus deudas, pues para pagar una debía contraer otra. Cómo atormentaba al pobre el dinero que adeudaba en Brasil y que repetidas veces se le cobró. Frente a esta triste situación es digno de admiración el hecho de que el artista en el verano de 1856 traspasara como obsequio una serie de pinturas y dibujos que poseía de sus grandes antepasados al Centro de Historia para el distrito administrativo de Suabia y Neuburg, llevado por el sincero y noble deseo de hacer algo por su país. Recibió del Centro de Historia una calorosa nota de agradecimiento:

“El espléndido obsequio, único en su clase que, por medio de su transferencia, caballero, tuvo la bondad de enriquecer la colección de nuestro Centro Histórico en el Museo Maximiliano con un tesoro de dibujos y cuadros, en general de los vuestros en la historia del arte y de aquellos antepasados especialmente ilustres para la venerable Augusta, merece un agradecimiento que nosotros apenas nos permitiríamos confiar en expresarlo dignamente...” Nuevamente le agradeció el Municipio los muchos esfuerzos que había mostrado en presencia de las sociedades alemanas de histo-

ria y de estudios de la antigüedad. Si leemos en las cartas a su hermano, cuántas veces le dió que hacer su salud —en München sufrió una vez una especie de ataque— sabremos valorar doblemente su pública participación en dichas organizaciones de su ciudad natal.

Su relación con su antiguo protector Humboldt se mostró como estímulo y alegría en su vida. Por su calurosa recomendación el Rey Friedrich Wilhelm IV le confirió la orden de Tercera Clase del Aguila Roja el 4 de marzo de 1854. Rugendas fué a Berlín en febrero de este año. Como no encontró a Humboldt en su visita, le escribió unas líneas de sincero agradecimiento por la anunciada distinción que él “sabría apreciar profundamente” y con noble modestia agregaba: “la comunicación, que sus Majestades habían recordado mis trabajos con tanto interés, me hace feliz, aunque siento que la benevolencia real sobrepasa mi mérito”. Cuando Rugendas estuvo frente a Humboldt por primera vez en París en 1825 tenía 23 años y había mirado lleno de respeto al gran investigador de 58 años. Ahora tenía 52 y Humboldt 85, sin embargo, con tristeza le pareció al “anciano de la montaña”, cuya energía parecía inagotable, como si fuera un hombre herido en su nervio vital y cuya luz amenazaba extinguirse lentamente. Humboldt se refirió a él en una carta a Olfers como “el Rugendas que se consumía” y lleno de afecto se preocupó que el artista, a quien distinguía como uno de sus amigos más queridos y antiguos, recibiera rápidamente las insignias de la Orden. Le regaló un retrato suyo, que apareció en grabado en 1846 por la editorial L. Sachse & Co., y que se conserva cuidadosamente por la familia Madler, la última descendencia del artista. Debíó ser una alegría para Rugendas ver que se encontraban en la residencia de Humboldt en Berlín seis de sus cuadros, una vista de la ciudad de Méjico, de una cordillera de montañas que atravesaba el ejército de Cortés, una vista de las montañas de Popocatepel, Itztaccihualt, Malinche y Cerro de Tlascalala, el Pico de Orizaba, un cuadro de la costa entre Arica y Cobija y finalmente la vista de la cumbre nevada del Illimani, todos los cuales representaban posiblemente obsequios suyos a los que Humboldt, sin embargo, había agregado notas autógrafas.

Estos cuadros y los ocho dibujos que poseía el investigador de mano del pintor se esparcieron, desgraciadamente, como lleva-

dos por el viento, en el remate del legado efectuado en Berlín; un hecho inconcebible aun hoy día.

La última carta de Humboldt a Rugendas de la que hay conocimiento proviene del año 1855. Un pequeño incendio en la residencia del pintor en München había destruído algunos de sus trabajos, entre los cuales estaban las copias de las láminas grabadas por Fortier para la Geografía de las Plantas de Humboldt. Se dirigió a su amigo y protector y recibió la siguiente respuesta:

“Con íntimo pesar tengo conocimiento por intermedio de su carta, querido Rugendas, que todo lo que escapó a las contingencias de una vida agitada, ha sufrido por el fuego y agua en su tranquila residencia. Una pérdida tan preciada de su mano maestra, de la mano de aquel que puede considerarse como el iniciador y padre de todo arte en la representación de la fisonomía de la naturaleza, es muy sensible, por más que su laboriosidad haya vuelto a restaurar parte. Por desgracia, a mí que (como Ud. sabe por la experiencia de 30 años) gustosamente me he anticipado a cada uno de sus deseos, ya no me es posible enviarle por intermedio del Sr. von Kaulbach lo que Ud. me solicita en forma tan amable. Las cuatro láminas grabadas en cobre por Fortier en 1826 (no por el rafaelista Forster), bajo la vigilancia de Gerard, entre las que hay tres palmas, *Acrocomia Sclerocarpa*, *Cocos coronata* y *Elaeis guineensis*, junto con otros materiales, ya no se encuentran en mi casa de Berlín donde Ud. las vió, sino que en casa de mi amigo Sr. v. Cotta en Stuttgart. En menos de un año aparecerá una nueva edición de mi cuadro de la naturaleza del mundo tropical con un atlas que, además de esos cuatro grabados en cobre de Fortier, contiene 6 u 8 otros dibujos botánicos de perfil del Pico de Tenerife, Cimborazzo y de los límites cultivables.

El grabado de los cuatro clisés de cobre me había costado 1.650 francos más los 1.500 francos, escaso precio de los hermosos originales que adquirí de Ud. y fueron para mí un objeto monetario de cierta importancia. No puedo disponer de lo que ya no es mi propiedad desde hace 9 meses.

Con mi antiguo afecto y amistad

Su servidor

A. v. Humboldt

Berlín, 20 de julio de 1855.”

Los clisés se encontraban en el legado de Humboldt, ya sea el investigador se había olvidado que los tenía, o se los habían enviado de Stuttgart. De ningún modo habría privado de ellos a Rugendas. Sus palabras, que el pintor era para él "el iniciador y padre de todo arte en la representación de la fisonomía de la naturaleza" son una última expresión auténtica de su gran reconocimiento de la obra de nuestro artista.

El 7 de abril se permitió al artista recibir y llevar la Orden prusiana en Baviera; el 22 de julio de 1847 sucedió lo mismo con la Orden brasileña Cruz del Caballero de la Cruz del Sur. Es de lamentar que no siguió ninguna otorgación de orden bávara, pues habría sido un consuelo para el artista en sus días difíciles.

La aflicción de su vida producida por una enfermedad que le era enigmática, hizo crecer en él el ardiente deseo por la amada lejanía, las brillantes tierras asoleadas, sobre todo, por la Cordillera de los Andes, por Chile. A menudo expresó sus sentimientos en versos, francamente malos versos y que, sin embargo, nos conmueven porque nos lo muestran como un hombre sin patria en su propia patria:

Construí un puente
en mis pensamientos
hacia el ancho, ancho mundo.
De la cima de los Alpes
hasta la lejana Cordillera de los An-
[des...

Y con amargura se refiere a sí mismo:

Aquí se estremece y siente frío
y allá, calor.
Aquí vive angustiado
por el torturante dinero.
Allá durmió tan dulcemente
bajo el manto de las estrellas.
Aquí se marchita antes de tiempo
allá se alegró de la vida.
Dejadlo, entonces, irse
lejos, lejos, lejos!
No sirve en el lugar elogiado
ni en la residencia celebrada de las
[artes...

Se mostró entonces en el penumbroso cielo de su vida, una vez más, el sol que vino a alumbrar su último tiempo. Había conocido en München a una joven, María Sigl, hija de un fabricante textil de Weilheim sobre el río Teck en Würtemberg.

Pronto floreció un profundo amor que los llevó a un compromiso. Doña Carmen le había escrito antes que ella se reprimiría en su amor si supiera que su escogida lo hacía realmente feliz. Cuando ella se encontró más tarde con Clara Condarco, escribía solamente "Pobre Rugendas". Doña Carmen se habría comprendido con María Sigl. Su Bettina, como la llamaba el artista, daba testimonio de fervor y amorosa comprensión ante su infelicidad interior y soledad que ella sentía instintivamente y que se nos manifiesta en forma conmovedora en fotografías de esos años. Se recibió a Rugendas con calurosa amistad en la familia Sigl. Se fijó la fecha de las bodas. Este amor iluminó los oscuros días del artista, aunque también lo llevó a la aflicción. No se atrevía a revelar su situación material y lo afligía ver que en la familia Sigl se consideraba en orden. Presentía que su salud estaba demasiado débil para hacer algún cambio en ella. Hizo un último intento para procurar ayuda por medio de su trabajo, en el sentido que solicitó apoyo para la publicación de sus cuadros. Esperaba lograr esto en una audiencia con el Rey Max II. Entonces recibió un golpe muy fuerte. Había descuidado ejecutar los bosquejos voluntariamente prometidos por él, o estaba, por lo menos, sumamente retrasado. Ahora bien, el rey no lo recibió y se dijo que él debía entregar primero todos los trabajos antes que pudieran tomarse en consideración sus deseos. Se apoderó de él una terrible desesperación. La carta que esbozó a su Bettina en la tarde del 2 de diciembre de 1857 —que él no parece haber despachado, ya que se encuentra en su legado—, se refleja como el grito más terrible de un alma atormentada. "Querida Bettina", escribía, "se apodera de mí el terror febrilmente... únete a otro —de-searía gritar—, gritar de ira, de aflicción y vergüenza..." Las cartas de María aparecen como aceite sobre las agitadas olas. A principios del año 1858 le escribió: "Dios esté con nosotros. Así es mi primer saludo en el año 1858! Tú me has deseado para este año lo mejor y lo más querido." Y le dice que esto era lo que él significaba para ella. Ella le daba valor y le expresaba que, apoyado en su amor, él podría encontrar de nuevo su capacidad artística y pintar fácilmente los cuadros requeridos. Primero debía reponerse en la casa paterna en Weilheim y colmarse con nueva alegría de vivir. Se dirigió a ese lugar. Su última carta a su querido hermano del 10 de mayo

de 1858 de Weilheim deja la impresión de haberle abandonado su angustia e inquietud frente al puro y profundo cariño de ambos y haber llegado la paz a su corazón. En verdad escribía que su debilidad a la vista apenas le permitía distinguir sus facciones, lo que le entristecía, pero, que de todos modos, se sentía feliz. Esperaba recobrar su energía como hombre y artista a través de ella. Caso que no habría de ocurrir. Pues la clemencia de la muerte recibió en sus brazos al pobre y cansado artista. Murió a los 56 años, como lo establece el certificado de defunción el 29 de mayo de 1858 a las 6 de la tarde de una ruptura de una arteria del corazón. El 1º de junio se le sepultó en Weilheim.

El último lugar de descanso de Rugendas ya no existe. Existen, sin embargo, en gran parte sus cuadros y dibujos, los frutos "de toda una vida dedicada al arte con todas sus dificultades, privaciones y peligros", aún más, con todas sus alegrías y éxitos, como son los de la experiencia y de la creación artística. Valiosos tesoros se han conservado en la Colección Gráfica y en la Colección Maillinger de München, en el Museo Maximiliano y en la Biblioteca Municipal de Augsburg, en la Biblioteca Latinoamericana de Berlín-Lankwitz, además como propiedad privada en Alemania y quizás, en Francia e Italia, como también en los museos de Méjico, Chile, Perú, Argentina, Uruguay y Brasil. Deben agregarse a éstos las numerosas colecciones privadas en América, cuya posesión se basa en los trabajos provenientes directamente del artista, además las 1.000 hojas aproximadamente, vendidas en 1929 de la Colección Gráfica de München para América. Tampoco debemos olvidar su gran publicación *Viaje Pictórico en Brasil* y los dibujos del legado del Barón von Langsdorff, que en su tiempo llegaron a Petersburg, hoy Leningrado y que, se conservan. Ni tampoco pasemos por alto los dibujos en los libros de Sartorius, Gay, Martius y otros trabajos publicados. Sería, por cierto, un trabajo de gran mérito hacer una catalogación lo más aproximada posible de la obra total de nuestro artista. Pues fué él quien se esforzó por primera vez por dar a conocer aquellas maravillosas tierras que recorrió. Realizó esto sólo en pequeña parte. La fotografía, de cuyos comienzos él fué testigo, otros artistas y los viajes que se realizan ca-

da vez más fácilmente, han dado a conocer a América en forma más amplia. A pesar de todo, la obra de una vida cómo la de Rugendas, conserva el mismo significado. No es simplemente el cronista de estas tierras americanas, sino que el de estas tierras en un determinado período, desde el segundo cuarto del siglo XIX, que nos entrega representaciones de valor histórico e histórico cultural de imperecedero valor. ¿Quién ha descrito como él la vida de los esclavos negros o ha representado a los indios en forma en que vivían subyugados en los diferentes estados o cómo, en indómita libertad, llevaban su existencia en Arauco, más allá del Bío-Bío? ¿Quién da una visión de la vida de la pampa con la grandeza del gaucho, cuya representación sedujo a Sarmiento, o una mirada a la multicolor y belicosa vista de Montevideo en la época de su lucha contra Rosas, para citar sólo algunos ejemplos? ¿Quién nos muestra las ciudades como Río de Janeiro, Ciudad de Méjico, Santiago, Lima, Cuzco, La Paz, con su vida tranquila, cómoda, a menudo encantadoramente rural, que contrasta fuertemente con el moderno y grandioso desenvolvimiento de hoy día? Al lado del historiador cultural pide el artista su justo derecho. Rugendas despliega su fuerza artística y maestría en todas sus obras, especialmente en sus panoramas tanto como en los cuadros de la vegetación tan preciados por Humboldt. En éstos, el romántico tardío, que podríamos comparar con un Gaspar David Friedrich, sigue su desenvolvimiento independientemente hacia la libertad casi impresionista. Su deseo, que desgraciadamente quedó sin cumplir, fué reunir en un gran atlas de cuadros, por lo menos, 200 de sus obras sobre América. ¿No debiera ser un deber de la posteridad, de su patria y de los países americanos, publicar esta hermosa obra?

Me resta, por último, la agradable tarea de expresar mis más sinceras gracias a todos aquellos que me han ayudado en la composición de mi trabajo. Renuevo éstas al señor y señora Madler de Augsburg por permitirme hacer uso del legado del artista. Me siento vivamente agradecida a la Colección Gráfica de München (Director Dr. Halm), al Museo Maximiliano de Augsburg (Director Dr. Lieb), al Archivo Municipal de Augsburg (Director Dr. Deininger), a la Biblioteca Latinoameri-

cana de Berlin-Lankwitz (Director Dr. Hagen), y a la Biblioteca Alemana Occidental de Marburgo. Agradezco a los directores de los jardines botánicos de Berlín y München, quienes me ayudaron amigablemente a descifrar los nombres científicos

difícilmente legibles en las cartas de Humboldt y agradezco en especial al señor Profesor David James de Brown, University en Providence, Rhode Island, por poner a mi disposición, en forma tan amable, material del artista de Sudamérica.